TRES HISTORIAS SUBLEVANTES

de JULIO RAMON RIBEYRO

LIBRERIA - EDITORIAL
JUAN MEJIA BACA
LIMA - PERU, 1964

Lectulandia

Tres historias sublevantes (1964), cuarto libro de cuentos de Julio Ramón Ribeyro, posee una estructura trilógica, que lo distingue de los anteriores: cada relato corresponde a sendas regiones naturales del Perú (costa, sierra y selva).

La crítica señala también diferencias temáticas y estilísticas. Sebastián Salazar Bondy, en una reseña de ese mismo año, escribe: «el escritor ha ampliado su perspectiva. No todos —parece decirnos— aceptan la fatalidad de la miseria y su menoscabo. Y para ilustrarlo están estas tres fábulas de la lucha de los desdichados contra la desdicha, que no es un fátum supremo e inapelable sino un reversible estado de cosas cuyo pivote es la injusticia. […] El libro es, en cierto sentido, vaticinador, pero, explícitamente, no formula premoniciones. Revela el tesón de la existencia, su inmortal disponibilidad de transformarse y transformar sus productos, desde el individuo hasta la comunidad, por sus propios medios, ya sea reproduciéndose en los desiertos como la higuerilla, convirtiendo el asedio asesino en una hoguera heroica, trocando la simulación en una sangrienta verdad. *Tres historias sublevantes*, a diferencia de *Las botellas y los hombres*, no obstante ser ambos libros del pleno dominio del autor sobre sus temas y sus medios, no contiene la atmósfera gris, paciente, chejoviana —como lo ha señalado Oviedo— de la humanidad de la medianía, sino una suerte de voluntad de acción rebelde a punto de hacer algo trascendental».

Lectulandia

Julio Ramón Ribeyro

Tres historias sublevantes

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Julio Ramón Ribeyro, 1964
Cubierta basada en la primera edición, de Juan Mejía Baca (librero y editor peruano, 1912-1991)

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

El Perú es un país grande y rico, situado en América del Sur,
que se divide en tres zonas:
costa, sierra y montaña.

(De un viejo texto escolar de geografía)

Al pie del acantilado

A Hernando Cortés

Nosotros somos como la higuerilla, como esa planta salvaje que brota y se multiplica en los lugares más amargos y escarpados. Véanla como crece en el arenal, sobre el canto rodado, en las acequias sin riego, en el desmonte, alrededor de los muladares. Ella no pide favores a nadie, pide tan sólo un pedazo de espacio para sobrevivir. No le dan tregua el sol ni la sal de los vientos del mar, la pisan los hombres y los tractores, pero la higuerilla sigue creciendo, propagándose, alimentándose de piedras y de basura. Por eso digo que somos como la higuerilla, nosotros, la gente del pueblo. Allí donde el hombre de la costa encuentra una higuerilla, allí hace su casa porque sabe que allí podrá también él vivir.

Nosotros la encontramos al fondo del barranco, en los viejos baños de Magdalena. Veníamos huyendo de la ciudad como bandidos porque los escribanos y los policías nos habían echado de quinta en quinta y de corralón en corralón. Vimos la planta allí, creciendo humildemente entre tanta ruina, entre tanto patillo muerto y tanto derrumbe de piedras, y decidimos levantar nuestra morada.

La gente decía que esos baños fueron famosos en otra época, cuando los hombres usaban escarpines y las mujeres se metían al agua en camisón. En ese tiempo no existían las playas de Agua Dulce y La Herradura. Dicen también que los últimos concesionarios del establecimiento no pudieron soportar la competencia de las otras playas ni la soledad ni los derrumbes y que por eso se fueron llevándose todo lo que pudieron: se llevaron las puertas, las ventanas, todas las barandas y las tuberías. El tiempo hizo lo demás. Por eso, cuando nosotros llegamos, sólo encontramos ruinas por todas partes, ruinas y, en medio de todo, la higuerilla.

Al principio no supimos qué comer y vagamos por la playa buscando conchas y caracoles. Después recogimos esos bichos que se llaman muy-muy, los hervimos y preparamos un caldo lleno de fuerza, que nos emborrachó. Más tarde, no recuerdo cuándo, descubrimos a un kilómetro de allí una caleta de pescadores donde mi hijo Pepe y yo trabajamos durante un buen tiempo, mientras Toribio, el menor, hacía la cocina. De este modo aprendimos el oficio, compramos cordeles, anzuelos y comenzamos a trabajar por nuestra propia cuenta, pescando toyos, robalos, bonitos, que vendíamos en la paradita de Santa Cruz.

Así fue como empezamos, yo y mis dos hijos, los tres solos. Nadie nos ayudó. Nadie nos dio jamás un mendrugo ni se lo pedimos tampoco a nadie. Pero al año ya teníamos nuestra casa en el fondo del barranco y ya no nos importaba que allá arriba la ciudad fuera creciendo y se llenara de palacios y de policías. Nosotros habíamos echado raíces sobre la sal.

Nuestra vida fue dura, hay que decirlo. A veces pienso que San Pedro, el santo de la gente del mar, nos ayudó. Otras veces pienso que se rió de nosotros y nos mostró, a todo lo ancho, sus espaldas.

Esa mañana que Pepe vino corriendo al terraplén de la casa, con los pelos

parados, como si hubiera visto al diablo, me asusté. Él venía de las filtraciones de agua dulce que caen por las paredes del barranco. Cogiéndome del brazo me arrastró hasta el talud al pie del cual estaba nuestra casa y me mostró una enorme grieta que llegaba hasta el nivel de la playa. No supimos cómo se había hecho, ni cuándo, pero lo cierto es que estaba allí. Con un palo exploré su profundidad y luego me senté a cavilar sobre el pedregullo.

—¡Somos unos imbéciles! —maldije—. ¿Cómo se nos ha ocurrido construir nuestra casa en este lugar? Ahora me explico por qué la gente no ha querido nunca utilizar este terraplén. El barranco se va derrumbando cada cierto tiempo. No será hoy ni mañana, pero cualquier día de éstos se vendrá abajo y nos enterrará como a cucarachas. ¡Tenemos que irnos de aquí!

Esa misma mañana recorrimos toda la playa, buscando un nuevo refugio. La playa, digo, pero hay que conocer esta playa: es apenas una pestaña entre el acantilado y el mar. Cuando hay mar brava, las olas trepan por la ribera y se estrellan contra la base del barranco. Luego subimos por la quebrada que lleva a la ciudad y buscamos en vano una explanada. Es una quebrada estrecha como un desfiladero, está llena de basura y los camioneros la van cegando cuando la remueven para llevarse el hormigón.

La verdad es que yo empezaba a desesperar. Pero fue mi hijo Pepe quien me dio la idea.

—¡Eso es! —dijo—. Debemos construir un contrafuerte para contener el derrumbe. Pondremos unos cuartones de madera, luego unos puntales para sostenerlos y así el paredón quedará en pie.

El trabajo duró varias semanas. La madera la arrancamos de las antiguas cabinas de baño que estaban ocultas bajo las piedras. Pero cuando tuvimos la madera nos dimos cuenta que nos faltaría fierro para apuntalar esa madera. En la ciudad nos quisieron sacar un ojo de la cara por cada pedazo de riel. Allí estaba el mar, sin embargo. Uno nunca sabe todo lo que contiene el mar. Así como el mar nos daba la sal, el pescado, las conchas, las piedras pulidas, el yodo que quemaba nuestra piel, también nos dio fierros el mar.

Ya nosotros habíamos notado, desde que llegamos a la playa, esos fierros negros que la mar baja mostraba, a cincuenta metros de la orilla. Nos decíamos: «Algún barco encalló aquí hace mucho tiempo». Pero no era así: fueron tres remolcadores que fondearon, los que construyeron los baños, para formar un espigón. Veinte años de oleaje habían volteado, hundido, removido, cambiado de lugar esas embarcaciones. Toda la madera fue podrida y desclavada (aún ahora varan algunas astillas), pero el fierro quedó allí, escondido bajo el agua, como un arrecife.

—Sacaremos ese fierro —le dije a Pepe.

Muy de mañana nos metíamos desnudos al mar y nadábamos cerca de las barcazas. Era peligroso porque las olas venían de siete en siete y se formaban remolinos y se espumaban al chocar contra los fierros. Pero fuimos tercos y nos

desollamos las manos durante semanas tirando a pulso o remolcando con sogas, desde la playa unas cuantas vigas oxidadas. Después las raspamos, las pintamos; después construimos, con la madera, una pared contra el talud; después apuntalamos la pared con las vigas de fierro. De esta manera el contrafuerte quedó listo y nuestra casa protegida contra los derrumbes. Cuando vimos toda la mole apoyada en nuestra barrera, dijimos:

—¡Que San Pedro nos proteja! Ni un terremoto podrá contra nosotros.

Mientras tanto, nuestra casa se había ido llenando de animales. Al comienzo fueron los perros, esos perros vagabundos y pobres que la ciudad rechaza cada vez más lejos, como a la gente que no paga alquiler. No sé por qué vinieron hasta aquí: quizás porque olfatearon el olor a cocina o simplemente porque los perros, como muchas personas, necesitan de un amo para poder vivir.

El primero llegó caminando por la playa, desde la caleta de pescadores. Mi hijo Toribio, que es huraño y de poco hablar, le dio de comer y el perro se convirtió en su lamemanos. Más tarde descendió por la quebrada un perro lobo que se volvió bravo y que nosotros amarrábamos a una estaca cada vez que gente extraña bajaba a la playa. Luego llegaron juntos dos perritos escuálidos, sin raza, sin oficio, que parecían dispuestos a cualquier nobleza por el más miserable pedazo de hueso. También se instalaron tres gatos atigrados que corrían por los barrancos comiendo ratas y culebrillas.

A todos estos animales, al principio, los rechazamos a pedradas y palazos. Bastante trabajo nos daba ya mantener sano nuestro pellejo. Pero los animales siempre regresaban, a pesar de todos los peligros, había que ver las gracias que hacían con sus tristes hocicos. Por más duro que uno sea, siempre se ablanda ante la humildad. Fue así como terminamos por aceptarlos.

Pero alguien más llegó en esos días: el hombre que llevaba su tienda en un costal.

Llegó en un atardecer, sin hacer ruido, como si ningún desfiladero tuviera secretos para él. Al principio creíamos que era sordo o que se trataba de un imbécil porque no habló ni respondió ni hizo otra cosa que vagar por la playa, recogiendo erizos o reventando malaguas. Sólo al cabo de una semana abrió la boca. Nosotros freíamos el pescado en la terraza y había un buen olor a cocina mañanera. El extraño asomó desde la playa y quedó mirando mis zapatos.

—Se los compongo —dijo.

Sin saber por qué se los entregué y en unos pocos minutos, con un arte que nos dejó con la boca abierta, cambió sus dos suelas agujereadas.

Por toda respuesta, le alcancé la sartén. El hombre cogió una troncha con la mano, luego otra, luego una tercera y así se tragó todo el pescado con tal violencia que una espina se le atravesó en el pescuezo y tuvimos que darle miga de pan y palmadas en el cogote para desatorarlo.

Desde esa vez, sin que yo ni mis hijos le dijéramos nada, comenzó a trabajar para nuestra finca. Primero compuso las cerraduras de las puertas, después afiló los anzuelos, después construyó, con unas hojas de palmera, un viaducto que traía hasta mi casa el agua de las filtraciones. Su costal parecía no tener fondo porque de él sacaba las herramientas más raras y las que no tenía las fabricaba con las porquerías del muladar. Todo lo que estuvo malogrado lo compuso y de todo objeto roto inventó un objeto nuevo. Nuestra morada se fue enriqueciendo, se fue llenando de pequeñas y grandes cosas, de cosas que servían o de cosas que eran bonitas, gracias a este hombre que tenía la manía de cambiarlo todo. Y por este trabajo nunca pidió nada: se contentaba con una troncha de pescado y con que lo dejáramos en paz.

Cuando llegó el verano, sólo sabíamos una cosa: que se llamaba Samuel.

En los días del verano, el desfiladero cobraba cierta animación. La gente pobre que no podía frecuentar las grandes playas de arena bajaba por allí para tomar baños de mar. Yo la veía cruzar el terraplén, repartirse por la orilla pedregosa y revolcarse cerca de los erizos, entre las plumas de pelícano, como en el mejor de los vergeles. Eran en su mayoría hijos de obreros, muchachos de colegio fiscal en vacaciones o artesanos de los suburbios. Todos se soleaban hasta la puesta del sol. Al retirarse pasaban delante de mi casa y me decían:

—Su playa está un poco sucia. Debía hacerla limpiar.

A mí no me gustan los reproches pero en cambio me gustó que me dijeran su playa. Por eso me empeñé en poner un poco de limpieza. Con Toribio pasé algunas mañanas recogiendo todos los papeles, las cáscaras y los patillos que, enfermos, venían a enterrar el pico entre las piedras.

—Muy bien —decían los bañistas—. Así las cosas van mejor.

Después de limpiar la playa, levanté un cobertizo para que los bañistas pudieran tener un poco de sombra. Después Samuel construyó una poza de agua filtrada y cuatro gradas de piedra en la parte más empinada del desfiladero. Los bañistas fueron aumentando. Se pasaban la voz. Se decían: «Es una playa limpia en donde nos dan hasta la sombra gratis». A mediados del verano eran más de un centenar. Fue entonces cuando se me ocurrió cobrarles un derecho de paso. En realidad, esto no lo había planeado: se me vino así, de repente, sin que lo pensara.

—Es justo —les decía—. Les he hecho una escalera, he puesto un cobertizo, les doy agua de beber y además tienen que atravesar mi casa para llegar a la playa.

—Pagaríamos si hubiera un lugar donde desvestirse —respondieron.

Allí estaban las antiguas cabinas de baño. Quitamos el hormigón que las cubría y dejamos libres una docena de casetas.

—Está todo listo —dije—. Cobro solamente diez centavos por la entrada a la playa.

Los bañistas se rieron.

—Falta una cosa. Debe quitar esos fierros que hay en el mar. ¿No se da cuenta que aquí no se puede nadar? Uno tiene que contentarse con bañarse en la orilla. Así

no vale la pena.

—Sea. Los sacaremos —respondí.

Y a pesar de que había terminado el verano y que los bañistas iban disminuyendo, me esforcé, con mi hijo Pepe, en arrancar los fierros del mar. El trabajo ya lo conocíamos desde que sacamos las vigas para el talud. Pero ahora teníamos que sacar todos los fierros, hasta aquellos que habían echado raíces entre las algas. Usando garfios y picotas, los atacamos desde todo sitio, como si fueran tiburones. Llevábamos una vida submarina y extraña para los forasteros que, durante el otoño, bajaban a veces por allí para ver de más cerca la caída del crepúsculo.

—¡Qué hacen esos hombres! —se decían—. Pasan horas sumergiéndose para traer a la orilla un poco de chatarra.

En la lucha contra los fierros, Pepe parecía haber empeñado su palabra de hombre. Toribio, en cambio, como los forasteros, lo veía trabajar sin ninguna pasión. El mar no le interesaba. Sólo tenía ojos para la gente que venía de la ciudad. Siempre me preocupó la manera como los miraba, como los seguía y como regresaba tarde, con los bolsillos llenos de chapas de botellas, de bombillas quemadas y de otros adefesios en los cuales creía reconocer la pista de una vida superior.

Cuando llegó el invierno, Pepe seguía luchando contra los fierros del mar. Eran días de blanca bruma que llegaba de madrugada, trepaba por el barranco y ocupaba la ciudad. De noche, los faroles de la Costanera formaban halos y desde la playa se veía una mancha lechosa que iba desde La Punta hasta el Morro Solar. Samuel respiraba mal en esa época y decía que la humedad lo estaba matando.

—En cambio a mí me gusta la neblina —le decía yo—. De noche hay buen temperamento y se goza tirando del cordel.

Pero Samuel tosía y una tarde anunció que se trasladaría a la parte alta del barranco, a esa explanada que los camioneros, a fuerza de llevarse el hormigón, habían cavado en pleno promontorio. A ese lugar comenzó a trasladar las piedras de su nueva habitación. Las escogía en la playa, amorosamente, por su forma y su color, las colocaba en su costal y se iba cuesta arriba, canturreando, parándose cada diez pasos para resollar. Yo y mis hijos contemplábamos, asombrados, ese trabajo. Nos decíamos: Samuel es capaz de limpiar de piedras toda la orilla del mar.

La primera migración de aves guaneras pasó graznando por el horizonte: Samuel levantaba ya las paredes de su casa. Pepe, por su parte, había casi terminado su trabajo. Tan sólo a ochenta metros de la orilla quedaba el armazón de una barcaza imposible de remover.

—Con ésa no te metas —le decía—. Una grúa sería necesario para sacarla.

Sin embargo, Pepe, después de la pesca y del negocio, nadaba hasta allí, hacía equilibrio sobre los fierros y buceaba buscando un punto donde golpear. Al anochecer, regresaba cansado y decía:

—Cuando no quede un solo fierro vendrán cientos de bañistas. Entonces sí que lloverá plata sobre nosotros.

Es raro: yo no había notado nada, ni siquiera había tenido malos sueños. Tan tranquilo estaba que, al volver de la ciudad, me quedé en la parte alta del desfiladero, conversando con Samuel, que ponía el techo de su casa.

—¡Ya vendrán! —me dijo Samuel, señalando unas piedras que había tiradas por el suelo—. Hoy día he visto gente rondando por aquí. Han dejado esas piedras como señal. Mi casa es la primera pero pronto me imitarán.

—Mejor —le respondí—. Así no tendré que ir hasta la ciudad a vender el pescado.

Al oscurecer, bajé a mi casa. Toribio daba vueltas por el terraplén y miraba hacia el mar. El sol se había puesto hacía rato y sólo quedaba una línea naranja, allá muy lejos, una línea que pasaba detrás de la isla San Lorenzo e iba hacia los mares del norte. Quizás ésa era la advertencia, la que yo en vano había esperado.

—No veo a Pepe —me dijo Toribio—. Hace rato que entró pero no lo veo. Fue nadando con la sierra y la picota.

En ese momento sentí miedo. Fue una cosa violenta que me apretó la garganta, pero me dominé.

—Quizás esté buceando —dije.

—No podría aguantar tanto rato bajo el agua —respondió Toribio.

Volví a sentir miedo. En vano miraba hacia el mar, buscando el esqueleto de la barcaza. Tampoco vi la línea naranja. Grandes tumbos venían y se enroscaban y chocaban contra la base del terraplén.

Para darme tiempo, dije:

—A lo mejor se ha ido nadando hacia la caleta.

—No —respondió Toribio—. Lo vi ir hacia la barcaza. Varias veces sacó la cabeza para respirar. Después se puso el sol y ya no vi nada.

En ese momento me comencé a desvestir, cada vez más rápido, más rápido, arrancando los botones de mi camisa, los pasadores de mis zapatos.

—¡Anda a buscar a Samuel! —grité, mientras me zambullía en el agua.

Cuando comencé a nadar ya todo estaba negro: negro el mar, negro el cielo, negra la tierra. Yo iba a ciegas, estrellándome contra las olas, sin saber lo que quería. Apenas podía respirar. Corrientes de agua fría me golpeaban las piernas y yo creía que eran los toyos buscando la carnaza. Me di cuenta que no podía seguir porque no podía ver nada y porque en cualquier momento me tropezaría contra los fierros. Me di la vuelta, entonces, casi con vergüenza. Mientras regresaba, las luces de la Costanera se encendieron, todo un collar de luces que parecía envolverme y supe en ese momento lo que tenía que hacer. Al llegar a la orilla ya estaba Samuel esperándome.

—¡A la caleta! —le grité—. ¡Vamos a la caleta!

Ambos empezamos a correr por la playa oscura. Sentí que mis pies se cortaban contra las piedras. Samuel se paró para darme sus zapatos pero yo no quería saber nada y lo insulté. Yo sólo miraba hacia adelante, buscando las luces de los pescadores. Al fin me caí de cansancio y me quedé tirado en la orilla. No podía levantarme. Comencé a llorar de rabia. Samuel me arrastró hasta el mar y me hundió varias veces en el agua fría.

—¡Falta poco, papá Leandro! —decía—. Mira, allí se ven las luces.

No sé cómo llegamos. Algunos pescadores se habían hecho ya a la mar. Otros estaban listos para zarpar.

—¡De rodillas se lo pido! —grité—. ¡Nunca les he pedido un favor, pero esta vez se lo pido! Pepe, el mayor, hace una hora que no sale del mar. ¡Tenemos que ir a buscarlo!

Tal vez hay una manera de hablarle a los hombres, una manera de llegar hasta su corazón. Me di cuenta, esta vez, que todos estaban conmigo. Me rodearon para preguntarme, me dieron pisco de beber. Luego dejaron en la playa sus redes y sus cordeles. Los que acababan de entrar regresaron cuando escucharon los gritos. En once barcas entramos. Íbamos en fila hacia Magdalena, con las antorchas encendidas, alumbrando la mar.

Cuando llegamos a la barcaza, la rodeamos formando un círculo. Mientras unos sostenían las antorchas, otros se lanzaron al agua. Estuvimos buceando hasta medianoche. La luz no llegaba al fondo del mar. Chocábamos bajo el agua, nos rasguñamos contra los fierros pero no encontramos nada, ni la picota ni su gorra de marinero. Ya no sentía cansancio, quería seguir buscando hasta la madrugada. Pero ellos tenían razón.

—La resaca lo debe haber jalado —decían—. Hay que buscarlo más allá de los bancos.

Primero entramos, luego salimos. Samuel tenía una pértiga que hundía en el mar cada vez que creía ver algo. Seguimos dando vueltas en fila. Me sentía mareado y como idiota, tal vez por el pisco que bebí. Cuando miraba hacia los barrancos, veía allá arriba, tras la baranda del malecón, faros de automóviles y cabezas de gente que miraban. Entonces me decía: «¡Malditos los curiosos! Creen que celebramos una fiesta, que encendemos antorchas para divertirnos». Claro, ellos no sabían que yo estaba hecho pedazos y que hubiera sido capaz de tragarme toda el agua del mar para encontrar el cadáver de mi hijo.

—¡Antes que lo muerdan los toyos! —me repetía, muy despacito—. ¡Antes que lo muerdan!

Para qué llorar, si las lágrimas ni matan ni alimentan. Como dije delante de los pescadores:

—El mar da, el mar también quita.

Yo no quise verlo. Alguien lo descubrió, flotando vientre arriba, sobre el mar soleado. Ya era el día siguiente y nosotros vagábamos por la orilla. Yo había dormido un rato sobre las piedras hasta que el sol del mediodía me despertó. Después fuimos caminando hacia La Perla y cuando regresábamos, una voz gritó: «¡Allá está!». Algo se veía, algo que las olas empujaban hacia la orilla.

—Ése es —dijo Toribio—. Allí está su pantalón.

Entraron varios hombres al mar. Yo los vi que iban cortando las olas bravas y los vi casi sin pena. En verdad estaba agotado y no podía siquiera conmoverme. Lo fueron jalando entre varios, lo traían así, hinchado, hacia mí. Después me dijeron que estaba azul y que lo habían mordido los toyos. Pero yo no lo vi. Cuando estaba cerca, me fui sin voltear la cabeza. Sólo dije, antes de partir:

—Que lo entierren en la playa, al pie de las campanillas. (Él siempre quiso estas flores del barranco que son, como el geranio, como el mastuerzo, las flores pobres, las que nadie quiere ni para su entierro).

Pero no me hicieron caso. Se le enterró al día siguiente, en el cementerio de Surquillo.

Perder un hijo que trabaja es como perder una pierna o como perder un ala para un pájaro. Yo quedé como lisiado durante varios días. Pero la vida me reclamaba, porque había muchísimo que hacer. Era época de mala pesca y el mar se había vuelto avaro. Sólo los que tenían barca salían al mar y regresaban ojerosos de mañana, cuatro bonitos en su red, apenas de qué hacer un caldo.

Yo había roto a pedradas la estatua de San Pedro pero Samuel la compuso y la colocó a la entrada de mi casa. Debajo de la estatua puso una alcancía. Así, la gente que usaba mi quebrada veía la estatua y, como eran pescadores, dejaban allí cinco centavos, diez centavos. De eso vivimos hasta que llegó el verano.

Digo verano porque a las cosas hay que ponerles un nombre. En esta tierra todos los meses son iguales: quizás en una época hay más neblina y en otra calienta más el sol. Pero, en el fondo, todo es lo mismo. Dicen que vivimos en una eterna primavera. Para mí, las estaciones no están en el sol ni en la lluvia sino en las aves que pasan o en los peces que se van o que vuelven. Hay épocas en las cuales es más difícil vivir, eso es todo.

Este verano fue difícil porque fue triste, sin calor, y los bañistas apenas venían. Yo había puesto un letrero a la entrada que decía: «Caballeros 20 centavos. Damas 10 centavos». Pagaron, es verdad, pero eran muy pocos. Se zambullían un momento, tiritaban y después se iban cuesta arriba, maldiciendo, como si yo tuviera la culpa de que el sol no calentara.

—¡Ya no hay fierros! —les gritaba.

—Sí —me respondían—. Pero el agua está fría.

Sin embargo, en este verano pasó algo importante: en la parte alta del barranco comenzaron a levantar casas.

Samuel no se había equivocado. Los que dejaron piedras y muchos más vinieron.

Llegaban solos o en grupos, miraban la explanada, bajaban por el desfiladero, husmeaban por mi casa, respiraban el aire del mar, volvían a subir, siempre mirando arriba y abajo, señalando, cavilando, hasta que, de pronto, se ponían desesperadamente a construir una casa con lo que tenían al alcance de la mano. Sus casas eran de cartón, de latas chancadas, de piedras, de cañas, de costales, de esteras, de todo aquello que podía encerrar un espacio y separarlo del mundo. Yo no sé de qué vivía esa gente, porque de pesca no entendía nada. Los hombres se iban temprano a la ciudad o se quedaban tirados en las puertas de sus cabañas, viendo volar los gallinazos. Las mujeres, en cambio, bajaban a la orilla, en la tarde, para lavar la ropa.

—Usted ha tenido suerte —me decían—. Usted sí que ha sabido escoger un lugar para su casa.

—Hace tres años que vivo aquí —les respondía—. He perdido un hijo en el mar. Tengo otro que no trabaja. Necesito una mujer que me caliente por las noches.

Todas eran casadas o amancebadas. Al comienzo no me hacían caso. Después se reían conmigo. Yo puse un puesto de bebidas y de butifarras, para ayudarme.

Y así pasó un año más.

Agosto es el mes de los vientos y los palomillas corren por los potreros volando las cometas. Algunos se trepan a las huacas para que sus cometas vuelen más alto. Yo siempre he mirado este juego con un poco de pena porque en cualquier momento el hilo puede romperse y la cometa, la linda cometa de colores y de larga cola, se enreda en los alambres de la luz o se pierde en las azoteas. Toribio era así: yo lo tenía sujeto apenas por un hilo y sentía que se alejaba de mí, que se perdía.

Cada vez hablábamos menos. Yo me decía: «No es mi culpa que viva en un barranco. Aquí por lo menos hay un techo, una cocina. Hay gente que ni siquiera tiene un árbol donde recostarse». Pero él no comprendía eso: sólo tenía los ojos para la ciudad. Jamás quiso pescar. Varias veces me dijo: «No quiero morir ahogado». Por eso prefería irse con Samuel a la ciudad. Lo acompañaba por los balnearios, ayudándolo a poner vidrios, a componer caños. Con los reales que ganaba se iba al cine o se compraba revistas de aventuras. Samuel le enseñó a leer.

Yo no quería verlo vagar y le dije:

—Si tanto te gusta la ciudad, aprende un oficio y vete a trabajar. Ya tienes dieciocho años. No quiero mantener zánganos.

Esto era mentira: yo lo hubiera mantenido toda mi vida, no sólo porque era mi hijo sino porque tenía miedo de quedarme solo. Por la tarde no tenía con quién conversar y mis ojos, cuando había luna, iban hacia los tumbos y buscaban la barcaza, como si una voz me llamara desde adentro.

Una vez Toribio me dijo:

—Si me hubieras mandado al colegio ahora sabría qué hacer y podría ganarme la vida.

Esa vez le pegué porque sus palabras me hirieron. Estuvo varios días ausente. Después vino, sin decirme nada, y pasó algún tiempo comiendo mi pan y durmiendo bajo el cobertizo. Desde entonces, siempre se iba a la ciudad pero también siempre volvía. Yo no quise preguntarle nada. Algo debía pasar, cuando regresaba. Samuel me lo hizo notar: venía por Delia, la hija del sastre.

A la Delia varias veces la había invitado a sentarse en el terraplén, para tomar una limonada. Yo la había distinguido entre las mujeres que bajaban porque era redonda, zumbona y alegre como una abeja. Pero ella no me miraba a mí, miraba a Toribio. Es verdad que yo podía pasar por su padre, que estaba reseco como metido en salmuera y que me había arrugado todo de tanto parpadear en la resolana.

Se veían a escondidas en los tantos recovecos del lugar, detrás de las enredaderas, en las grutas de agua filtrada, porque lo que tenía que suceder sucedió. Un día Toribio se fue, como de costumbre, pero la Delia se fue con él. El sastre bajó rabioso, me amenazó con la policía, pero terminó por echarse a llorar. Era un pobre viejo, sin vista ya, que hacía remiendos para la gente de la barriada.

—A mi hijo lo he crecido sano —le dije, para consolarlo—. Ahora no sabe nada pero la vida le enseñará a trabajar. Además, se casarán, si se entienden, como lo manda Dios.

El sastre quedó tranquilo. Me di cuenta que la Delia era un peso para él y que toda su gritería había sido puro detalle. Desde ese día me mandaba con las lavanderas una latita para que le diera un poco de sopa.

Verdad que es triste quedarse solo, así, mirando a sus animales. Dicen que hablaba con ellos y con mi casa y que hasta con el mar hablaba. Pero quizás sea mentira de la gente o envidia. Lo único cierto es que cuando venía de la ciudad y bajaba hacia la playa, gritaba fuerte, porque me gustaba escuchar mi voz por el desfiladero.

Yo mismo me hacía toda: pescaba, cocinaba, lavaba mi ropa, vendía el pescado, barría el terraplén. Tal vez fue por eso que la soledad me fue enseñando muchas cosas como, por ejemplo, a conocer mis manos, cada una de sus arrugas, de sus cicatrices, o a mirar las formas del crepúsculo. Esos crepúsculos del verano, sobre todo, eran para mí una fiesta. A fuerza de mirarlos pude adivinar su suerte. Pude saber qué color seguiría a otro o en qué punto del cielo terminaría por ennegrecerse una nube.

A pesar de mi mucho trabajo, me sobraba el tiempo, el tiempo de la conversación. Fue entonces cuando me dije que era necesario construir una barca. Por eso hice bajar a Samuel, para que me ayudara. Juntos íbamos hasta la caleta y mirábamos los barcos de los otros. Él hacía dibujos. Después me dijo qué madera necesitábamos. Hablamos mucho en aquella época. Él me preguntaba por Toribio y me decía: «Buen chico, pero ha hecho mal en meterse con una mujer. Las mujeres, ¿para qué sirven? Ellas nos hacen maldecir y nos meten el odio en los ojos».

La barca iba avanzando: construimos la quilla. Era gustoso estarse en la orilla,

fumando, contando historias y haciendo lo que me haría señor del mar. Cuando las mujeres bajaban a lavar la ropa —¡cada vez eran más!— me decían:

—Don Leandro, buen trabajo hace usted. Nosotras necesitamos que se haga a la mar y nos traiga algo barato de qué comer.

Samuel decía:

—¡Ya la explanada está llena! No entra una persona más y siguen llegando. Pronto harán sus casas en el mismo desfiladero y llegarán hasta donde revientan las olas.

Esto era verdad: como un torrente descendía la barriada.

Si la barca quedó a medio hacer fue porque en ese verano pasaron algunas cosas extrañas.

Fue un buen verano, es cierto, lleno de gente que bajó, se puso roja, se despellejó con el sol y luego se puso negra. Todos pagaron su entrada y yo vi por primera vez que la plata llovía, como dijera mi hijo Pepe, el finado. Yo la guardaba en dos canastas, bajo mi cama, y cerraba la puerta con doble candado.

Digo que en ese verano pasaron algunas cosas extrañas. Una mañana, cuando Samuel y yo trabajábamos en la barca, vimos tres hombres, con sombrero, que bajaban por el barranco con los brazos abiertos, haciendo equilibrio para no caerse. Estaban afeitados y usaban zapatos tan brillantes que el polvo resbalaba y les huía. Eran gentes de la ciudad.

Cuando Samuel los vio, noté que su mirada se acobardaba. Bajando la cabeza, quedó observando fijamente un pedazo de madera, no sé para qué, porque allí no había nada que mirar.

Los hombres cruzaron por mi casa y bajaron a la playa. Dos de ellos estaban cogidos del brazo y el otro les hablaba señalando los barrancos. Así estuvieron paseándose varios minutos, de un extremo a otro, como si estuvieran en el pasillo de una oficina. Al fin uno de ellos se acercó a mí y me hizo varias preguntas. Luego se fueron por donde habían venido, en fila, ayudándose unos a otros a salvar los parajes difíciles.

—Esa gente no me gusta —dije—. Tal vez vienen a cobrarme algún impuesto.

—A mí tampoco —dijo Samuel—. Usan tongo. Mala señal.

Desde ese día Samuel quedó muy intranquilo. Cada vez que alguien bajaba por el desfiladero, miraba hacia arriba y si era algún extraño, sus manos temblaban y comenzaba a sudar.

—Me va a dar la terciana —decía, secándose el sudor.

Falso: era de miedo que temblaba. Y con razón, porque algún tiempo después se lo llevaron.

Yo no lo vi. Dicen que fueron tres policías y un patrullero que aguardaba arriba, en la Pera del Amor. Me contaron que bajó corriendo hacia mi casa y que a mitad del

desfiladero, él, que nunca daba un paso en falso, resbaló sobre el canto rodado. Los cachacos le cayeron encima y se lo llevaron, torciéndole el brazo y dándole de varillazos.

Esto fue un gran escándalo porque nadie sabía qué había pasado. Unos decían que Samuel era un ladrón. Otros, que hacía muchos años había puesto una bomba en casa de un personaje. Como nosotros no comprábamos periódicos no supimos nada hasta varios días después cuando, de casualidad, cayó uno en nuestras manos: Samuel, hacía cinco años, había matado a una mujer con un formón de carpintero. Ocho huecos le hizo a esa mujer que lo engañó. No sé si sería verdad o si sería mentira pero lo cierto es que si no se hubiera resbalado, si hubiera llegado corriendo hasta mi casa, a mordiscos hubiera abierto una cueva en el acantilado para esconderlo o lo habría escondido bajo las piedras. Samuel era bueno conmigo. No me importa qué hizo con los demás.

El perro alemán, que siempre había vivido a su lado, bajó a mi casa y anduvo aullando por la playa. Yo acariciaba su lomo espeso y comprendía su pena y le añadía la mía. Porque todo se iba de mí, todo, hasta la barca que vendí, porque no sabía cómo terminarla. Viejo loco era yo, viejo loco y cansado, pero para qué, me gustaba mi casa y mi pedazo de mar. Miraba la barrera, miraba el cobertizo de estera, miraba todo lo que habían hecho mis manos o las manos de mi gente y me decía: «Esto es mío. Aquí he sufrido. Aquí debo morir».

Sólo me faltaba Toribio. Pensaba que algún día habría de venir, no importa cuándo, porque los hijos siempre terminan por venir aunque sea para ver si ya estamos lo bastante viejos y si nos falta poco para morirnos. Toribio vino justamente cuando yo había empezado a construir un cuarto grande para él, un lindo cuarto con ventana hacia el mar.

Estaba huesudo y pálido, con esa cara madura que tienen los muchachos que comen mal y no saben qué hacer de su vida.

—Dame quinientos soles —me dijo—. He perdido un hijo y no quiero que me pase lo mismo con el que ha de venir.

Luego se fue. Yo no quise retenerlo pero seguí construyendo su cuarto. Lo fui pintando con mis propias manos. Cuando me cansaba, subía a la barriada y conversaba con la gente. Trataba de hacer amigos pero todos me recelaban. Es difícil hacer amigos cuando se es viejo y se vive solo. La gente dice: «Algo malo tendrá ese hombre cuando está solo». Los pobres chicos, que no saben nada del mundo, me seguían a veces para tirarme piedras. Es verdad: un hombre solo es como un cadáver, como un fantasma que camina entre los vivos.

Esos señores del sombrero y de los zapatos de charol vinieron varias veces más y se

pasearon por la playa. Yo no los quería porque los hacía responsables de la suerte de Samuel. Un día les dije:

—El que me ayudaba a hacer la barca era un buen cristiano. Hicieron mal ustedes en delatarlo. Razones tendría para matar a su mujer.

Ellos se echaron a reír.

—Se confunde usted. Nosotros no somos policías. Nosotros somos de la municipalidad.

Debían serlo porque poco después llegó la notificación. De la barriada bajó una comisión para mostrármela. Estaban muy alborotados. Ahora sí me trataban bien y me llamaban «Papá Leandro». Claro, yo era el más viejo del lugar y el más ducho y sabían que los sacaría del apuro. En el papel decía que todos los habitantes del desfiladero debían salir de allí en el plazo de tres meses.

—¡Arréglenselas ustedes! —dije—. Lo que es a mí, nadie me saca de aquí. Yo tengo siete años en el lugar.

Tanto me rogaron que terminé por hacerles caso.

—Buscaremos un abogado —dije—. Esta tierra no es de nadie. No pueden sacarnos.

Cuando el abogado vino, nos reunimos en mi casa. Era un señor bajito, que usaba lentes, sombrero y un maletín gastado, lleno de papeles.

—La municipalidad quiere construir un nuevo establecimiento de baños —dijo—. Necesitan, por eso, que despejen todo el barranco, para hacer una nueva bajada. Pero esta tierra es del Estado. Nadie los sacará de aquí.

Enseguida nos hizo dar cincuenta soles a cada jefe de familia y se fue con unos papeles que firmamos. Todos me felicitaban. Me decían:

—¡No sabemos qué nos haríamos sin usted!

En verdad, el abogado nos dio coraje y nosotros estábamos felices.

—Nadie —decíamos—. Nadie nos sacará de aquí. Esta tierra es del Estado.

Así pasaron varias semanas. Los hombres de la municipalidad no regresaron. Yo había acabado con el cuarto de Toribio y le había puesto vidrios en la ventana. El abogado siempre venía para arengarnos y hacernos firmar papeles. Yo me pavoneaba entre la gente de la barriada, y les decía:

—¿Ven? ¡No hay que despreciar nunca a los viejos! Si no fuera por mí ya estarían ustedes clavando sus esteras en el desierto.

Sin embargo, en la primera mañana del invierno, un grupo bajó corriendo por la quebrada y entró gritando en mi casa.

—¡Ya están allí! ¡Ya están allí! —decían, señalando hacia arriba.

—¿Quiénes? —pregunté.

—¡La cuadrilla! ¡Han comenzado a abrirse camino!

Yo subí en el acto y llegué cuando los obreros habían echado abajo la primera

vivienda. Traían muchas máquinas. Se veían policías junto a un hombre alto y junto a otro más bajo, que escribía en un grueso cuaderno. A este último lo reconocí: hasta nuestras cabañas también llegaban los escribanos.

—Son órdenes —decían los obreros, mientras destruían las paredes con sus herramientas—. Nosotros no podemos hacer nada.

Es verdad, se les veía trabajar con pena, entre una nube de polvo.

—¿Órdenes de quién? —pregunté.

—Del juez —respondieron, señalando al hombre alto.

Yo me acerqué a él. Los policías quisieron contenerme pero el juez les indicó que me dejaran pasar.

—Aquí hay una equivocación —dije—. Nosotros vivimos en tierras del Estado. Nuestro abogado dice que de aquí nadie puede sacarnos.

—Justamente —dijo el juez—. Los sacamos porque viven en tierras del Estado.

La gente comenzó a gritar. Los policías formaron un cordón alrededor del juez mientras el escribano, como si nada pasara, miraba con calma el cielo, el paisaje, y seguía escribiendo en su cuaderno.

—Ustedes deben tener parientes —decía el juez—. Los que se queden hoy sin casa, métanse donde sus parientes. Esto después se arreglará. Lo siento mucho, créanme. Yo haré algo por ustedes.

—¡Por lo menos, déjenos llamar a nuestro abogado! —dije yo—. Que no hagan nada los obreros hasta que no llegue nuestro abogado.

—Pueden llamarlo —contestó el juez—. Pero los trabajos deben continuar.

—¿Quién viene conmigo a la ciudad? —pregunté.

Varios quisieron venir pero yo elegí a los que tenían camisa. Fuimos en un taxi hasta el centro de la ciudad y subimos las escaleras en comisión. El abogado estaba allí. Primero no nos reconoció pero después se puso a gritar.

—¡Los juicios se ganan o se pierden! Yo no tengo ya nada que ver. Esto no es una tienda donde se devuelve la plata si el producto está malo. Ésta es la oficina de un abogado.

Discutimos largo rato pero al final tuvimos que regresar. En el camino no hablábamos, no sabíamos qué decir. Cuando llegamos al barranco, ya el juez se había ido pero seguían allí los policías. La gente de la barriada nos recibió furiosa. Algunos decían que yo tenía la culpa de todo, que tenía mis entendimientos con el abogado. Yo no les hice caso. Había visto que la casa de Samuel, la primera que hubo en el lugar, había caído abajo y que sus piedras estaban tiradas por el suelo. Reconocí una piedra blanca, una que estuvo mucho tiempo en la orilla, cerca de mi casa. Cuando la recogí, noté que estaba rajada. Era extraño: esa piedra que durante años el mar había pulido, había redondeado, estaba ahora rajada. Sus pedazos se separaron entre mis manos y me fui bajando hacia mi casa, mirando un pedazo y luego el otro, mientras la gente me insultaba y yo sentía unas ganas terribles de llorar.

—¡Allá ellos! —me dije en los días siguientes—. ¡Que los aplasten, que los revienten! Lo que es a mi casa no llegarán fácilmente las máquinas. ¡Hay mucho barranco que rebanar!

Era verdad: la cuadrilla trabajaba sin prisa. Cuando no había vigilancia, dejaban sus herramientas y se ponían a fumar, a conversar.

—Es una pena —decían—. Pero son órdenes.

A pesar de los insultos, a mí también me daba pena. Fue por eso que no subí, para no ver la destrucción. Para ir a la ciudad usaba el desfiladero de La Pampilla. Allí me encontraba con los pescadores y les decía:

—Están echando la barriada contra el mar.

Ellos se contentaban con responder:

—Es un abuso.

Nosotros lo sabíamos, claro, pero ¿qué podíamos hacer? Estábamos divididos, peleados, no teníamos un plan, cada cual quería hacer lo suyo. Unos querían irse, otros protestar. Algunos, los más miserables, los que no tenían trabajo, se enrolaron en la cuadrilla y destruyeron sus propias viviendas.

Pero la mayoría fue bajando por el barranco. Levantaban su casa a veinte metros de los tractores para, al día siguiente, recoger lo que quedaba de ella y volverla a levantar diez metros más allá. De esta manera la barriada se venía sobre mí, caía todos los días un trecho más abajo, de modo que me parecía que tendría pronto que llevarla sobre mis hombros. A las cuatro semanas que empezaron los trabajos, la barriada estaba a las puertas de mi casa, deshecha, derrotada, llena de mujeres y de hombres polvorientos que me decían, por encima del barandal:

—¡Don Leandro, tenemos que pasar al terraplén! Nos quedaremos allí hasta que encontremos otra cosa.

—¡No hay sitio! —les respondía—. Ese cuarto grande que ven allí es para mi hijo Toribio, que vendrá con la Delia. Además, ustedes nunca me han dado la mano. ¡Reviéntense ahora! ¡Al desierto, a pudrirse!

Pero esto era injusto. Yo sabía muy bien que las cabinas de baños para mujeres, que eran de madera, y las cabinas de estera para los hombres, podrían albergar a los que huían. Esta idea me daba vueltas por la cabeza. Como era invierno, las casetas estaban abandonadas. Pero yo no quería decir nada, quizás para que conocieran a fondo el sufrimiento. Al fin no pude más.

—Que pasen las mujeres que están encinta (casi todas lo estaban pues en las barriadas secas, entre tanta cosa marchita, lo único que siempre florece y está siempre a punto de madurar son los vientres de nuestras mujeres). ¡Que se metan en los nichos de madera y que aguanten allí!

Las mujeres pasaron. Pero al día siguiente tuve que dejar pasar a los niños y después a los hombres porque la cuadrilla seguía avanzando, con paciencia, es verdad, pero con un ruido terrible de máquinas y de farallones que caían. Mi casa se llenó de voces y de disputas. Los que no tenían sitio se fueron a la playa. Todo

parecía un campamento de gente sin esperanza, de personas que van a ser fusiladas.

Allí estuvimos una semana, no sé para qué, puesto que sabíamos que habrían de llegar. Una mañana la cuadrilla apareció detrás de la baranda, con toda su maquinaria. Cuando nos vieron, quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. Nadie se decidía a dar el primer golpe de barreta.

—¿Quieren echarnos al mar? —dije—. De aquí no pasarán. Todos saben muy bien que ésta es mi casa, que ésta es mi playa, que éste es mi mar, que yo y mis hijos lo hemos limpiado todo. Aquí vivo desde hace siete años y los que están conmigo, todos, son como mis invitados.

El capataz quiso convencerme. Después vino el ingeniero. Nosotros nos mantuvimos firmes. Éramos más de cincuenta y estábamos armados con todas las piedras del mar.

—No pasarán —decíamos, mirándonos con orgullo.

Durante todo el día las máquinas estuvieron paradas. A veces bajaba el capataz, a veces subíamos nosotros para parlamentar. Al fin, el ingeniero dijo que llamaría al juez. Nosotros pensamos que ocurriría un milagro.

El juez vino al día siguiente, acompañado de los policías y otros señores. Apoyado en la baranda, nos habló.

—Yo voy a arreglar esto —dijo—. Créanme, lo siento mucho. No pueden echarlos al mar, es evidente. Vamos a conseguirles un lugar donde vivir.

—Miente —dije más tarde a los míos—. Nos engañarán. Terminarán por tirarnos a una zanja.

Esa noche deliberamos hasta tarde. Algunos comenzaban a flaquear.

—Tal vez nos consigan un buen terreno —decían los que tenían miedo—. Además los policías están con sus varas, con sus fusiles y nos pueden abalear.

—¡No hay que ceder! —insistía yo—. Si nos mantenemos unidos, no nos sacarán de aquí.

El juez regresó.

—¡Los que quieran irse a la Pampa de Comas que levanten la mano! —dijo—. He conseguido que les cedan veinte lotes de terreno. Vendrán dos camiones para recogerlos. Es un favor que les hace la municipalidad.

En ese momento me sentí perdido. Supe que todos me iban a traicionar. Quise protestar pero no me salía la voz. En medio del silencio vi que se levantaba una mano, luego otra, luego otra y pronto todo no fue más que un pelotón de manos en alto que parecían pedir una limosna.

—¡Adonde van no hay agua! —grité—. ¡No hay trabajo! ¡Tendrán que comer arena! ¡Tendrán que dejarse matar por el sol!

Pero nadie me hizo caso. Ya habían comenzado a enrollar sus colchones, rápidamente, afanosos, como si temieran perder esa última oportunidad. Toda la tarde estuvieron desfilando cuesta arriba, por la quebrada. Cuando el último hombre desapareció, me paré en medio del terraplén y me volví hacia la cuadrilla, que

descansaba detrás de la baranda. La miré largo rato, sin saber qué decirle, porque me daba cuenta que me tenían lástima.

—Pueden comenzar —dije al fin, pero nadie me hizo caso.

Cogiendo una barreta, añadí:

—Miren, les voy a dar el ejemplo.

Algunos se rieron. Otros se levantaron.

—Ya es tarde —dijeron—. Ha terminado la jornada. Vendremos mañana.

Y se fueron, ellos también, dejándome humillado, señor aún de mis pobres pertenencias.

Ésa fue la última noche que pasé en mi casa. Me fui de madrugada para no ver lo que pasaba. Me fui cargando todo lo que pude, hacia Miraflores, seguido por mis perros, siempre por la playa, porque yo no quería separarme del mar. Andaba a la deriva, mirando un rato las olas, otro rato el barranco, cansado de la vida, en verdad, cansado de todo, mientras iba amaneciendo.

Cuando llegué al gran colector que trae las aguas negras de la ciudad, sentí que me llamaban. Al voltear la cabeza divisé a una persona que venía corriendo por la orilla. Era Toribio.

—¡Sé que los han botado! —dijo—. He leído los periódicos. Quise venir ayer pero no pude. La Delia espera en el terraplén con nuestros bultos.

—Anda vete —respondí—. No te necesito. No me sirves para nada.

Toribio me cogió del brazo. Yo miré su mano y vi que era una mano gastada, que era ya una verdadera mano de hombre.

—Tal vez no sirva para nada pero tú me enseñarás.

Yo continuaba mirando su mano.

—No tengo nada que enseñarte —dije—. Te espero. Ve por la Delia.

Había bastante luz cuando los tres caminábamos por la playa. Buen aire se respiraba pero andábamos despacio porque la Delia estaba encinta. Yo buscaba, buscaba siempre, por uno y otro lado, el único lugar. Todo me parecía tan seco, tan abandonado. No crecía ni la campanilla ni el mastuerzo. De pronto, Toribio que se había adelantado, dio un grito:

—¡Mira! ¡Una higuerilla!

Yo me acerqué corriendo: contra el acantilado, entre las conchas blancas, crecía una higuerilla. Estuve mirando largo rato sus hojas ásperas, su tallo tosco, sus pepas preñadas de púas que hieren la mano de quien intenta acariciarlas. Mis ojos estaban llenos de nubes.

—¡Aquí! —le dije a Toribio—. ¡Alcánzame la barreta!

Y escarbando entre las piedras, hundimos el primer cuartón de nuestra nueva vivienda.

(Huamanga, 1959)

El chaco

A Alida Cordero

Sixto llegó de las minas hace meses, junto con otros mineros huaripampinos. Venían a ver su pueblo, las retamas, las vacas que dejaron en el pastizal y a partir nuevamente hacia La Oroya, el caserío de las chimeneas, después de reposarse. Pero sólo venían a morir, como dijo Pedro Limayta, pues tenían los pulmones quemados de tanto respirar en los socavones. Y en verdad que se fueron muriendo, poco a poco, en las sementeras, tosiendo sobre las acequias, y se quedaron torcidos en el suelo, entre nosotros, que no sabíamos qué bendición echarles. Así se fueron todos, menos Sixto Molina.

Quizá Sixto vino ya muerto y nosotros hemos vivido con un aparecido. Su cara, de puro hueso y pellejo, la ponía a quemar al sol, en la puerta de su casa o la paseaba por la plaza cuando había buen tiempo. No iba a las procesiones ni a escuchar los sermones. Vivía solo, con sus tres carneros y sus dos vaquillas. Nosotros nos decíamos que cuando llegara la época de barbechar se moriría de hambre porque con ese pecho chato que tenía se ahogaría de sólo levantar el azadón.

Pero Sixto comenzó a durar más de lo que pensábamos y a caminar por las afueras de Huaripampa. Varias veces lo encontramos escalando los cerros, arrastrándose por la carretera o sentado en esa peñolería alta que da sobre la casa del patrón. Allí pasaba horas, mirando los tejados de la casa y el patio donde capan a los carneros y encostalan la papa. Los pastores dicen que también se le veía por las punas y que a veces se acercaba para hablar con ellos de las minas y chupar su bola de coca.

Un día lo encontré en la carretera que separa nuestra comunidad de la hacienda de don Santiago. Él estaba parado al borde del camino, debajo de ese quinuar seco donde saltan los gorriones. Estábamos conversando cuando vimos acercarse al niño José, el hijo del patrón, que ya creció y dicen que es ingeniero. Venía al paso de su yegua «Mariposa». Al pasar a nuestro lado se detuvo y nos saludó. Yo me quité el sombrero y le di los buenos días, pero Sixto no dijo nada y lo miró a los ojos. Así estuvieron mirándose largo rato, como buscándose querella.

—No te conozco —dijo el niño José—. Pero por la cara que tienes debes ser minero y huaripampino. ¿No sabes decir buenos días?

Sixto se rió como nunca lo había oído yo, dándose puñetes en el vientre y cogiéndose luego más abajo las partes de la vergüenza.

—¿De dónde ha salido éste? —me preguntó el niño José—. ¿Más idiotas todavía en Huaripampa?

—Es Sixto Molina —le dije—. Ha venido de las minas hace unos meses. Pero Limayta dice que pronto tendremos que enterrarlo.

El hijo del patrón se fue hacia las minas sin decir nada pero yo me enteré por el chiuchi Antonio, que vive en la hacienda, que esa misma noche le contó todo a don Santiago.

—Debe ser hijo del viejo Molina, que fue mi pastor —dijo don Santiago—. El viejo murió de asma porque fumaba mucho. Se fumaba hasta esos cigarros que yo metía en mi boquilla para que sirvieran de filtro y que luego tiraba al patio cuando

estaban negros de nicotina.

Desde ese día Sixto iba siempre a la carretera y se paraba debajo del quinuar. El niño José pasaba a las ocho en su yegua para visitar el ganado en las alturas. Sixto lo esperaba y cuando el ingeniero pasaba, lo miraba en los ojos, sin quitarse el sombrero. El niño José se detenía un momento y lo miraba también, hasta que Sixto se echaba a reír y se retiraba.

Al principio el niño José no decía nada y seguía su camino. Pero como todos los días pasaba lo mismo, se bajó una mañana de su yegua y se acercó a Sixto.

—No me gusta que me mires de esa manera —dijo—. Sé que eres Sixto Molina, el hijo del pastor y que estás enfermo. Si quieres algo, dímelo ahora mismo.

Como Sixto no respondió, el niño José volvió a montar.

—No quiero verte mañana por aquí —continuó—. Acuérdate de lo que te digo.

Pero al día siguiente Sixto estaba en su lugar. El niño José desmontó, dejó su sombrero encima de una tapia y se acercó a Sixto:

—Te voy a pegar —dijo, y comenzó a darle de trompadas. Sixto, que estaba flaco, se cayó y allí el niño José le partió la frente de un botazo. Luego se puso su sombrero y se fue. Sixto quedó sentado en la acequia, limpiándose la sangre con la mano.

A la mañana siguiente estaba de nuevo bajo el quinuar. El niño José volvió a desmontar y le pegó otra vez. Así le pegó durante varios días, le dio hasta con el fuete pero Sixto siempre regresaba al camino. Al final el niño José se aburrió o no sé qué pasaría, pero la verdad es que para ir hacia el ganado tomaba el camino de la quebrada y no la carretera, donde Sixto lo seguía esperando.

Una mañana, después de una noche de aguacero, nos enteramos por el chiuchi Antonio que una piedra muy grande había rodado desde el cerro hasta la casa del patrón. La piedra fue dejando un surco en la ladera, abrió una brecha en los tunares, rompió la pirca del corral y se metió al galpón, matando cuatro ovejas.

—Don Santiago dice que la piedra la han empujado —nos contó Antonio—. Dice que no ha caído sola con la lluvia.

Esa misma noche don Santiago apareció en la comunidad. Nosotros nos asustamos porque el patrón sólo venía a Huaripampa en época de cosecha o de barbecho, cuando necesitaba brazos para su tierra. Entonces sí que venía todos los días, invitaba cigarros y aguardiente, contaba historias que hacían reír, bailaba con las cholas y hasta se emborrachaba con Celestino Pumari, el personero. Pero en época de descanso era raro verlo venir. Por eso nos asustamos cuando cruzó la plaza a caballo, con su hijo José y el mayordomo Justo Arrayán. Se fueron derechito a la casa de Celestino Pumari.

—Anoche han hecho rodar una peña sobre mi casa y han matado cuatro ovejas —dijo don Santiago—. Yo quiero saber quién ha sido ese hijo de perra. Si no me lo dicen iré esta tarde a Huancayo y hablaré con el prefecto para que me busque al criminal.

—Estoy seguro de que ha sido Sixto Molina —dijo el niño José—. La gente de la hacienda lo ha visto varias veces rondando por el cerro.

Se fueron en montón hasta la casa de Sixto y lo encontraron en el zaguán, remendando un sombrero. Don Santiago le habló en castellano pero Sixto se hizo el que no entendía. Justo Arrayán, el mayordomo, tuvo que hablarle en quechua y después dijo:

—Molina dice que es muy débil para empujar una piedra grande.

—¿Cómo sabe que es una piedra grande? —preguntó el niño José.

Justo Arrayán volvió a hablar en quechua con Sixto y dijo:

—Molina dice que una piedra chica hubiera matado sólo un gorrión.

Nosotros nos echamos a reír. Don Santiago gritó:

—¡Que hable en castellano! ¡Todos ustedes saben castellano! No creo que sea tan bestia que se haya olvidado. Dime tú, carajo, ¿entiendes lo que te digo?

Entonces Sixto Molina habló en castellano y lo hizo mejor que los señores, como nunca habíamos oído nosotros hablar a un huaripampino.

—Usted no es mi padre —dijo—. Usted no es dios, usted no es mi patrón tampoco. ¿Por qué me viene a gritar? Yo no soy su aparcero ni su pongo ni su hijo ni trabajo en su hacienda. No tengo nada que ver con usted. Cuando más, vecinos. Y carretera de por medio, y pirca de tunares.

Nosotros creíamos que allí no más don Santiago le iba a rajar la cara de un fuetazo pero se quedó como atontado, pensando. Miró a su hijo, al mayordomo y a la veintena de comuneros que formaban círculo.

—Estás tísico y pronto te vas a morir —dijo—. Por eso es que no te hago nada. Pero cuídate no más. Si te veo rondando por la hacienda o si me faltas el respeto otra vez, no me importará que tengas los pulmones podridos y te haré apalear por mi gente.

Al decir esto, se fue. Nosotros nos quedamos mirando a Sixto. Cuando los jinetes se retiraron, Sixto se echó a reír y se llevó las manos a la entrepierna.

Una semana después, poco antes de que empezara la cosecha, el pastor Específico Sánchez bajó de madrugada a la casa de don Santiago y dijo que la choza de la punta de Purumachay se había incendiado. En la hacienda del patrón habían doce puntas de carneros con sus doce pastores y sus doce corrales. La punta de Purumachay era la más preciada, donde se guardaba el ganado fino que trajeron del extranjero. Los carneros habían saltado la pirca, asustados por la candela y se habían ido balando por los pajonales.

Durante todo el día don Santiago y su gente estuvieron recorriendo las punas para reunir a los merinos. Era fácil reconocerlos por la marca azul que tenían en la oreja. Pero muchos no pudieron ser encontrados porque se metieron en las haciendas vecinas o porque se despeñaron con el susto y cayeron a esas quebradas hondas donde sólo bajan las aguas.

A Específico Sánchez sólo le pusieron multa y si no lo botaron fue porque era de

esos pastores sufridos que nunca duermen en época de parición y que caminan leguas para salvarle un pacho al patrón. Pero don Santiago se emborrachó como cada vez que enrabiaba y durante tres días estuvo pegado a su botella hasta que sus ojos se pusieron amarillos. Su mujer había tenido que venir en carro desde Huancayo para atenderlo. Don Santiago decía: «Sé que hay un cholo ladino, Sixto Molina, que me las pagará».

Al tercer día lo vimos venir a Huaripampa pero esta vez lo acompañaba una docena de gentes. Además de su hijo José y de su mayordomo, había otros ingenieros y unos cuantos cholos que se han criado en la hacienda y que son ya como de la familia de don Santiago. Todos venían gritando y lanzando carajos. Estaban rojos, un poco borrachos, pues llevaban mal las bridas y se bamboleaban en sus monturas.

La cabalgata pasó delante de la iglesia, perseguida por los perros de la comunidad. Pasó también delante de la casa de Celestino Pumari y se fue derecho al barrio bajo, donde vive Sixto Molina. Como vieron que la puerta estaba cerrada, se quedaron cavilando. Don Santiago bajó y comenzó a gritar:

—¡Sixto Molina! ¡Aquí hemos venido para que nos digas por qué has prendido fuego en la punta de Purumachay!

La puerta seguía cerrada. A esa hora Sixto no estaba pues se había ido temprano, llevando su ganado a pastear. Así se lo dijimos pero el niño José no nos creyó y, desmontado, comenzó a dar de patadas en la puerta. Cuando la rompió, entró a la casa seguido de su gente. Se fueron hasta el corral que hay detrás y encontraron allí a las dos vaquillas.

No se las llevaron porque eran muy chuscas. Nosotros sólo escuchamos los tiros. Cuando entramos al corral vimos que se habían muerto con los ojos abiertos, sin protestar, echando sangre por su pellejo lleno de huecos de bala.

Para avisarle a Sixto tuvimos que atravesar todas las tierras bajas, las que están alrededor del caserío, y subir a las alturas. Anduvimos buscándolo entre los pajonales, largo rato, porque nuestras punas son grandes, casi tan grandes como las que tiene don Santiago. Pasamos cerca del cerro de Marcapampa y lo encontramos en la última quebrada, la que está húmeda y verde aun en el verano.

—Te han matado a tus vaquillas —le dijimos.

Sixto arreó su ganado y comenzamos a bajar a Huaripampa. Sin decir nada, corría delante de nosotros, dándoles de guaracazos a sus carneros. Llegamos resollando y vimos que delante de su casa había un montón de comuneros y de mujeres. Estaba también el personero Celestino Pumari.

—Bien merecido lo tienes —dijo el personero—. Nos estás metiendo en líos con el patrón. Cuando venga la cosecha no te dará trabajo. Nos pagará ocho soles diarios esta vez y nos regalará una máquina de escribir.

Sixto se abrió camino y entró a su corral. Allí se agachó al lado de sus vaquillas, les tocó el hocico y metió sus manos en sus heridas. Después sacó su cuchillo y las desolló. Las arrastró por las pezuñas, primero una y después la otra, hasta las retamas

que hay junto al río y estuvo enterrándolas en la orilla largo tiempo, hasta que nosotros no veíamos nada en tanta sombra y escuchábamos sólo la tierra que caía.

Yo creo que después el patrón se arrepintió, porque vino a hacer las paces con Sixto. Esta vez vino solo, al atardecer, y se llevó a Sixto y a otros comuneros a conversar a la chichería de Basilisa Pérez.

—Ustedes son mis vecinos —dijo don Santiago—. Y es bueno vivir en paz con sus vecinos. Entre nosotros podemos ayudarnos. Yo puedo darles remedios contra la gusanera de sus carneros. Tu padre —le dijo a Sixto— fue mi pastor durante más de veinte años. Se traía al hombro hasta la casa a los capones enfermos. El viejo murió de asma porque fumaba mucho.

Sixto sólo repetía:

—Hablar bonito no es decir la verdad. No tengo nada que ver con usted. —Y no bebió la chicha ni comió el chuño que invitó don Santiago.

—Te he dado la mano y no me la has querido recibir —dijo don Santiago—. Acuérdate de esto para toda tu vida.

Cuando se fue, Sixto dijo:

—Hablaba sólo mentiras. Mi padre murió de pulmonía porque se levantaba a las tres de la mañana, en medio de las heladas, para espantar a los zorros. Si quiere curar la gusanera de nuestro ganado es sólo para que no ensucien la paja y contagien a sus carneros. Ahora se va donde el personero para comprarlo. Le da plata para que los huaripampinos trabajen en su cosecha. Sé que le va a comprar hasta un camión. Los dos son como perros: ladran en la misma lengua. Peor todavía porque cuando muerden lo hacen calladitos, a la traición.

A partir de ese día, don Santiago venía casi todos los días donde Celestino Pumari, para hacer el trato. Como ya había que empezar a cosechar, necesitaba que los huaripampinos escarbaran su papa, igual que todos los años. Nosotros no queríamos trabajar porque para eso teníamos nuestra papa también y nuestro ganado. Pero don Santiago nos daba plata además y con esa plata podíamos ir a Huancayo, a comprar aguardiente, coca y cigarros. Además, Pumari nos enseñó la máquina que nos regaló el patrón, la máquina de escribir que él se había llevado a su casa, no sé para qué pues no entendía nada de escrituras.

—Con esta máquina —decía— podemos escribir como los blancos. Y así, cuando haya algo que reclamar, las autoridades nos harán caso, escribiremos en un papelito bien limpio. Ya verán cómo el señorito José nos va a enseñar.

Los sábados que había feria en Huaripampa y que venían los cholos de todos los caseríos, que venían de Jauja con su ganado y que hasta los blancos venían desde la carretera para comprar ponchos y colchas de vicuña, Pumari nos hablaba en la plaza que estaba llena de gente. Así, poco a poco nos fue convenciendo y reunió a los quinientos braceros que necesitaba don Santiago.

El único que no quería trabajar era Sixto. Nos dijo que don Santiago nos iba a sacar la grasa y que toda la plata se la llevaría para sus casas de Huancayo y sus casas

de la capital.

Don Santiago sabía esto y por eso cada vez que veía a Sixto en Huaripampa detenía su caballo para insultarlo:

—¡Malparido, hijo de perra, me quieres malear a la gente! Te he dicho que te vayas de aquí. Si sigues diciendo mentiras, algo te va a pasar.

Pero Sixto no cejaba, iba hablando de un lado para otro y cuando al atardecer llegaban los braceros a Huaripampa, dolidos de tanto trabajar en la tierra de don Santiago, los esperaba a la entrada de la comunidad y los seguía por el camino para reírse de ellos.

—Ustedes tienen sangre de calandria —les decía—. Alma de borrego tienen. Lamen la pezuña del patrón.

Algunos braceros le hacían caso a veces y no iban a trabajar y cuando el mayordomo Justo Arrayán venía a buscarlos, le decían:

—Por nadita del mundo trabajamos. Sixto dice que somos como borregos. Que venga don Santiago a pedírnoslo de rodillas o que nos pague más.

Fue por eso que una tarde, cuando Sixto venía del río donde lavaba su ropa, vio tres sombras detrás de las retamas. Sixto quedó mirándolas porque las sombras estaban quietas y no se movieron cuando les tiró una piedra. Dice que le dio miedo, no fueran aparecidos de tanta gente que murió en las minas, y se echó a correr.

—¡Sixto Molina! —dice que le gritaban por detrás y cuando dobló el recodo que lleva a la comunidad volvió a verlas, esta vez en medio del camino. Recién se dio cuenta que eran sombras de hombres vivos. Pero esta vez ya no hablaron. Una se quedó atrás y las otras dos avanzaron y él ya no tuvo tiempo sino para agacharse y hacerse una bola antes que le comenzaran a golpear. Con un palo le daban y con las correas de la cintura. Sixto se tapaba con las manos pero antes de que su mano llegara al sitio, ya el sitio había sido zurrado. Ni con cien manos, dice, se hubiera podido cubrir porque de todo lado venían los cinchazos y ya él sentía que los huesos se le partían. Después ya no sintió nada más y se quedó con una oreja metida en un charco, viendo cómo se alumbraban las estrellas y sintiendo cómo se le trepaban los grillos.

Más tarde el viejo Limayta se tropezó con él, lo maldijo varias veces, quiso dejarlo tirado, después jalarlo y como no podía, fue a buscar una bestia a los potreros y así lo trajo a Huaripampa, doblado sobre el espinazo de un burro.

Nosotros creíamos que lo habían matado, esta vez de verdad.

—¡Ah, Molina, haces mal en seguir viviendo! —decía Pedro Limayta—. Eso te pasa por no querer morirte de una vez, cuando has venido de la mina con el cuerpo podrido. Uno de estos días te vamos a encontrar con el pescuezo cortado y los ojos fuera de sitio, tirado en el cementerio.

En su casa lo estuvo curando. Tenía manchas moradas por toda la piel, mataduras en las piernas y orinaba un jugo negro, cuando orinaba. A la semana se pudo levantar pero un brazo se le quedó recogido para siempre, como si fuera el ala de una gallina y ni dos hombres juntos se lo podían enderezar.

De la hacienda de don Santiago hicieron correr las voces de que estaban penando, para disimular. Decían que malos espíritus andaban por los caminos y que era peligroso atardarse en el campo porque a uno lo podían degollar. Hablaban de llamar al cura para que echara cruces en el valle de Huaripampa y nos librara de los aparecidos.

Pero a Sixto Molina no lo engañaban:

—Los que avanzaron tenían ojotas —decía—. Pero el que se quedó atrás llevaba botas de hacendado. Si lo vi clarito. ¡Que se me caiga la lengua a pedazos si es que no era el hijo de don Santiago!

Una tarde compró muchas botellas de chicha donde Basilisa Pérez, compró cancha y coca, envolvió todo en su poncho y se fue para los pajonales, con los hermanos Pauca. Como yo los seguía, me quisieron echar pero después me dejaron andar junto a ellos. Yo tenía que correr porque ellos andaban rápido y sin cansarse por esos atajos filudos que sólo conocen los chivatos. Pronto pasamos el roquedal de los zorros y llegamos a la quebradita que linda con la tierra de los gringos.

La tierra de los gringos, la más grande que hay en estos lugares, está toda alambrada y nadie puede pasar por allí. Detrás de los alambres están sus carneros, que vienen hacia nosotros y meten sus cabezas entre las púas. Son carneros de otra raza, muy gordos, grandes, casi como terneras y con toda la lana blanca. Nuestros carneros, en cambio, tienen la lana moteada con manchas marrones y a veces son todos negros y a veces ni lana tienen, que se les ve el pellejo. Pero a pesar de eso, nuestros carneros meten también la cabeza por los alambres y se miran y se hociquean con los carneros de los gringos.

Yo creí que nos íbamos a quedar allí, mirando esas punas enormes que llegan, según se dice, hasta la fundición de La Oroya. Pero Sixto empezó de nuevo a caminar y los hermanos Pauca lo siguieron y yo iba detrás. Así llegamos hasta el cerro Marcapampa, donde están las ruinas. Nadie sube por allí porque trae mala suerte. Hace algunos años unos cholos subieron para sacar piedras y hacer con ellas corrales. Pero casi todos se murieron después o se quedaron ciegos.

Cuando llegamos a la cumbre, uno de los Pauca me dijo:

—Ya está bien, chiuchi, ahorita te bajas. ¡Qué nos vienes siguiendo!

Yo me fui a dar una vuelta por entre los muros, entre tanta piedra caída y todavía parada, donde se ven huecos de puertas y ventanas y donde la yerba crece y lo va cubriendo todo. Sixto y los Pauca se sentaron y comenzaron a tomar chicha y a conversar. Los Pauca odiaban a don Santiago porque sus mujeres se fueron a trabajar de sirvientas a su casa de Huancayo y nunca más quisieron regresar.

—¿Todavía estás aquí? —me dijeron los Pauca—. A pedradas te vamos a echar. ¡Baja por la ladera, desbarráncate de una vez!

Yo iba a partir cuando Sixto me llamó:

—Vente mejor con nosotros. Ya te diré lo que vas a hacer.

En lugar de cruzar por Huaripampa, comenzamos a caminar por los potreros.

Íbamos hacia la carretera, escondiéndonos detrás de las tapias. Nadie me lo había dicho pero caminando así sólo podíamos estar yendo para la casa de don Santiago.

La casa de don Santiago tiene un portón que da al camino y está rodeada de paredes muy altas. También atrás hay un portón que da a los corrales y a los cerros. De noche las puertas están cerradas.

—Súbete allí —me dijo Sixto, señalando una pared— y mira hacia la carretera. Si ves venir algún camión, avísanos.

Yo le obedecí y subí al muro que está frente a la casa de don Santiago. Desde allí podía ver la curva y la carretera que va a Jauja. Por otro lado veía la carretera que va a Huancayo.

Uno de los Pauca fue al portón y tocó la aldaba mientras el otro Pauca y Sixto estaban escondidos junto a la pared. Pauca tocó varias veces hasta que salieron a abrirle. Se había embozado bien la cara con su poncho. Yo no sé qué habló con uno de los sirvientes de la hacienda pero al poco rato el niño José salió a la carretera con un farol en la mano.

Todo pasó muy rápido. Mientras el niño José hablaba con uno de los Pauca, Sixto y el otro le cayeron por los costados. En ese momento supe que lo estaban matando. Estaba tirado en el suelo, junto al farol que seguía prendido y levantaba los pies para un lado y para otro. Sixto le había pasado un cincho por el pescuezo mientras los Pauca lo golpeaban. Después el niño José estaba levantado y uno de los Pauca había caído. Después fue Sixto el que cayó. Después todos estaban en el suelo. Se levantaban y se volvían a caer. Dos cholos salieron de la hacienda y se metieron en el lío. Todo pasaba en medio de gritos. Yo estaba parado en el muro, agarrado de un eucalipto. Las luces de la casa se encendieron. Después vi las luces de un carro en la carretera y silbé, silbé varias veces. Sólo cuando vi que Sixto y los Pauca me oían y empezaban a correr, dejando en el suelo a dos hombres tirados, me aventé de la pared y me escapé.

Al poco rato ya se sabía todo en Huaripampa. Las voces corrían de boca en boca. A pesar de que era tarde, muchos cholos habían salido de sus casas y andaban asustados por la plaza y por las chicherías. Donde Basilisa Pérez se decía que los malos espíritus habían asaltado al niño José y le habían quitado el ánimo.

Los malos espíritus pasaron más tarde. Nosotros no los vimos porque era una noche oscura. Sentíamos sólo el trotar de sus bestias y los fuetazos que les zumbaban sobre las ancas. Debían ser muchos. Primero entraron al galope en la plaza y allí se detuvieron. Alguien hablaba con una voz muy ronca. Después empezaron de nuevo a trotar, unos por un lado, otros por otro, como si se persiguieran o se huyeran, como si montaran caballos locos. Daban vueltas por el pueblo, se juntaban todos en la calle ancha, se dividían por las calles angostas que van al río, siempre bajo la misma voz que los reunía o los separaba. Nosotros corríamos de aquí para allá, a veces para verlos de cerca, a veces para no ser atropellados pues pasaban tan rápido que dejaban detrás un hueco de viento frío y un olor a azufre que se quemaba. Estaban por todo

sitio pues cholos que llegaron de Jauja dijeron haberlos visto en la carretera, sacando chispas de las piedras y los que bajaron de los pajonales también los vieron quebrando la paja brava con su galope. Las viejas ya se habían encerrado santiguándose, arrodillándose delante de velas y retratos, y sólo unos pocos quedamos donde Basilisa, escuchando cómo se perdían los cascos, allá lejos, en los potreros.

La primera que les vio la cara fue la hermana de los Pauca, que llegó sofocada, que ni hablar podía. Dijo que habían entrado en montón a su casa, haciendo astillas las puertas. Habían roto los porongos y buscado por todo sitio. Don Santiago la había aferrado del cogote y su gente le había dado de puntapiés.

—¡Para Acobamba se fueron, los dos solitos, se fueron por los cerros, así le dije al patroncito! —nos contó la Pauca—. Se fueron donde su entenada, la que vive cerca del agua de Huairuray. A esconderse se fueron por lo que hicieron con el niño José.

Cuando la Pauca dijo esto, sonaron nuevamente los cascos. Esta vez se acercaban a la comunidad. Parecía la época de avenida, cuando los cerros se derrumbaban con el aguacero y se vienen por las calles arrastrando a los chanchos, a los terneros.

Sentimos que cruzaban la explanada de la plaza, haciendo ecos contra el paredón de la iglesia y después, frente al zaguán, vimos las cabezas de las bestias que echaban humo por el morro y los jinetes que saltaban a tierra. Entraron todos en la chichería, llevados por don Santiago.

—¡Tus hermanos no llegarán lejos! —dijo don Santiago a la Pauca—. Ya mandé a mi gente para que cuide los caminos que van a Jauja. Hasta por los cerros los he mandado. ¡Los traerán amarrados en las monturas, arrastrándose por los charcos!

Todos estaban contentos, pidieron porongos de chicha y encendieron cigarros. Algunos habían dejado sus armas en las fundas de sus monturas pero otros las tenían aún en la mano. Estaban allí Justo Arrayán, el personero Celestino Pumari, tres o cuatro cholos de la hacienda, el contador de don Santiago, el inspector de aguas, dos ingenieros y otra gente que yo no conocía, seguramente de esos vagos que andan por estas tierras y que pasan temporadas en las haciendas comiendo y bebiendo donde los patrones porque saben tocar guitarra y están siempre listos para el cargamontón.

—El prefecto me mandará dos policías y una orden de grado o fuerza —decía don Santiago—. Además, he avisado a los Otoya y a todos los hacendados de la región para que vengan esta noche. En la madrugada empezaremos el chaco. ¡No se me escapará Sixto Molina! Quiso joder a mi hijo. Esta vez sí que lo cazamos de verdad. Vamos a limpiar el lugar de la malayerba.

Más tarde sentimos los gritos que venían de las afueras. Mucha gente se despertó en la comunidad. Ya traían a los Pauca. Como dijo don Santiago, los traían amarrados a las monturas, poniendo los caballos al galope para que los Pauca tuvieran que apurarse y dar de saltos por todo lugar para no caer al suelo y ser arrastrados.

Don Santiago se rió de ellos cuando entraron, a uno le quemó la punta de la nariz con el cigarro y después dijo que se los llevaran a la hacienda y los guardaran allí

hasta el día siguiente. Pero Justo Arrayán no quiso dejarlos partir así no más y comenzó a patearlos cuando estaban con las manos amarradas.

—¿Dónde está Sixto? —preguntaba—. Ustedes dos y él me golpearon en la puerta de la hacienda, cuando salí a defender al niño José.

—Déjalos —decía don Santiago—. ¡No les des tan fuerte! No quiero ver huesos rotos. Después habrá que llevarlos cargados.

Un grupo de cholos se los llevaron, los demás se quedaron en la chichería. Como se estaban emborrachando, don Santiago mandó que prepararan ayacochupe para todos. A la Pauca la habían traído a la mesa y le metían la mano por debajo de las polleras y la manoseaban.

—¡No les haremos nada a tus hermanos, palomita linda! —le decían—. ¡Dinos, pues, para dónde se ha ido Sixto, florecita de Huaripampa!

Como la Pauca no decía nada, le dieron chicha, la hicieron cantar y hasta bailaron con ella. La chola hacía todo, sin saber por qué, casi llorando, hasta que se tiró al suelo y se quedó acurrucada junto al fogón.

Don Santiago mandaba a cada rato a un hombre para que le averiguara algo o para que le trajera una botella fina de la hacienda. Con tanta botella se iban quedando callados, que ni el ayacochupe les tiraba palabras y así pasaba la noche y cerca del amanecer se quedaron todos dormidos, con las bocas que babeaban, sin quitar las manos de sus fusiles.

Yo salí, porque era el momento de avisarle a Sixto. En la calle ancha me encontré con los Otoya y otros hacendados que venían en trote hacia la chichería. Todos se odiaban con don Santiago y en época de cosecha o cuando había concurso de ganado discutían en Huancayo delante de los jurados y hasta se agarraban a trompadas. Pero cuando había un cholo de por medio se volvían amigos y se ayudaban. Ellos se prestaban a sus cholos o se los quitaban, según su humor, pero generalmente los juntaban en sus haciendas, dándoles plata o como fuese, porque el que tenía cholos era el más rico.

Por la casa de Sixto ya había pasado la mala gente porque estaba abierta y llena de roturas. Su corral no guardaba ningún borrego. Seguro que Sixto los arreó para los potreros antes de escaparse pero no debía haberse ido muy lejos, con los caminos tan custodiados.

Ni siquiera el alambrado de los gringos pudiera haber pasado porque don Santiago también les había dicho de cuidarlos.

El viejo Pedro Limayta estaba de madrugada, a la puerta de su casa, cuando yo iba a cruzar el pueblo.

—¡Lo matarán! —me dijo—. ¡He visto ya tantas cosas! ¡Pedacitos lo van a hacer y hasta los perros se lo comerán! Vino temprano para dejarme sus borregos y llevarse mi fusil. Me dijo que se iba para Huancayo pero mentira, que de aquí no se va. Debe estar allá arriba, en el cerro de Marcapampa.

Yo le pedí su caballo.

—¿Para qué? ¡Si no se escapará! Ni siquiera lluvia hay, ni nubes para que se esconda. Todo está amarillo y quemado. Ni una perdiz podrá esconderse en el pajonal.

De todos modos, yo me llevé su caballo amarrado con una soga. En las afueras de Huaripampa me encontré con los guardias civiles que llegaban. Me preguntaron por la chichería de Basilisa Pérez. Yo les señalé el camino, monté al pelo y me fui para la salida del pueblo.

Cuando iba a tomar el camino del roquedal, dos cholos aparecieron, me llamaron, corrieron detrás de mí, saltando las tapias, hasta que me empuñaron.

—¿Adónde llevas el caballo de Limayta? —me preguntaron—. Órdenes tenemos del patroncito de que nadie salga ni entre por aquí. Chaco van a hacer hoy día, dicen en la hacienda.

Yo dije que llevaba el caballo a pastear pero no me hicieron caso y me arrearon para el pueblo. Yo regresé un trecho y quise salir por otro lado pero habían allí más cholos de don Santiago. Todo Huaripampa, en verdad, parecía estar ocupado por sus sirvientes.

Como no tenía nada que hacer, me fui para la plaza. El sol ya había salido todo, en un cielo pelado que no echaba una sola sombra. Delante de la chichería estaban reunidas todas las gentes. Eran tantas que no entraban en las tiendas y estaban esparcidas por todo sitio. Don Santiago ya estaba sobre su caballo, junto a los policías y a los hermanos Otoya.

—¡Ya cantaron los Pauca! —decía—. Sixto se ha ido para los cerros. Dicen que piensa escaparse para Huancayo pero ya mi gente está guardando el camino. Si alguno de ustedes lo ve, tiene que avisar y disparar sólo para asustarlo.

Después se dividieron por parejas. Unos se iban para la hacienda, otros para el río, otros para el camino de Jauja, otros para el de Huancayo. Eran más de sesenta jinetes. Estaban no sólo los hacendados del vecindario sino también sus mayordomos y todos sus pongos. Mientras se separaban, se iban haciendo adiós con la mano, se quitaban los sombreros y se reían fuerte en la mañana, igualitos de alegres que cuando los cholos se van a emborracharse a una feria.

Con el chiuchi Antonio, que vino de la hacienda los fuimos siguiendo. Primero íbamos detrás de unos, después detrás de otros, montados los dos en el caballo de Limayta. Cada vez se iban separando más, formando una rueda enorme que iba a envolver toda la comunidad. Yo miraba el cielo, que seguía pelado, limpio, azul por todos sus costados, cielo de verano huaripampino. Pensaba que Sixto estaba escondido en algún sitio mirando también el cielo y que vería aparecer en el cielo primero un jinete por un lado y después otros por otro lado y así jinetes por todas partes, juntándose cada vez más, cada vez más, hasta quedar encerrado y solo en un cerco redondo de caballos.

El chiuchi Antonio estaba prendido de mi espalda y temblaba tanto que me hacía perder la rienda.

—¡Son fusiles de verdad! —decía—. Yo vi una vez en la hacienda al niño José que con uno de ellos mató a una mula que se había roto una pata. Primero le acarició el morro y después le apuntó entre los dos ojos. ¡Ah, la mulita que pataleó y quiso pararse, pero se quedó tiesa y por la noche estaba llena de moscas!

Nos tocó ir detrás de Justo Arrayán, que iba muy despacito, mirando aquí y allá, metiendo los ojos en las acequias, parándose bajo los árboles o aguaitando tras de las tapias. Cuando veía a otro jinete del chaco, allá a lo lejos, gritaba «¡Libre!» y el otro le respondía «¡Libre!». Así, por todo sitio, nos venía esta voz y cuando llegamos al roquedal de los zorros, la voz nos rebotaba de las peñolerías, tantas veces que ya ni oírla queríamos y después ni la oíamos ya, que nos era tan natural como el ruido del agua.

Cuando el sol ya quemaba, los jinetes comenzaron a juntarse en la puna. Los pastos estaban amarillos y comidos. Como todo era plano, se veía un jinete por aquí, otro por allá, que iban avanzando hacia el cerro Marcapampa. A un lado de Justo Arrayán estaba Celestino Pumari y al otro uno de los hermanos Otoya, el que dicen que es tuerto porque hasta de noche anda con anteojos negros.

A mitad de la pampa vimos a don Santiago que llegaba al galope gritando «¡Libre!» desde lejos y sacándose el sombrero.

—¡Ni que fuera gusano! —dijo—. ¡Nadie ha visto todavía a este condenado hijo de puta!

Otoya y Pumari, que se acercaron, dijeron que tampoco habían visto nada.

—Vayan hasta el alambrado —ordenó don Santiago—. Allí nos juntaremos.

Tres nubecitas avanzaban en fila por encima de Marcapampa.

—Mira —le dije al chiuchi Antonio—. ¡Si caminaran más rápido, si vinieran otras detrás! El cerro se pone como jabón con la lluvia.

Seguimos mirando el cielo mientras avanzábamos. Las tres nubes crecieron, se juntaron, formaron una sola mancha, se dividieron en pedacitos y, pasando sobre nosotros, se perdieron, blancas, sobre las tierras de la hacienda. Detrás no venía nada. Detrás sólo venía el cielo azul y el sol que seguía quemando.

Al llegar al alambrado de los gringos, vimos muchos jinetes reunidos. Otros se habían quedado cercando el cerro. Don Santiago hablaba con gente que había detrás de los alambres. Había un hombre con bigote y botas, que tenía un lente para ver de lejos. Con el lente miraba el cerro y luego se lo pasaba por entre los alambres a don Santiago. Todo el mundo quería mirar con él y estiraba la mano.

—¡Atrás, mierdas! —gritó don Santiago—. ¡Esto no es un juego! ¡Si no ha salido por aquí ni por mi fundo ni por donde los Otoya, debe estar en el cerro o que me arranquen los cojones!

Como muchos tenían hambre, habían desmontado y comenzaron a comer y a fumar. Dos o tres cholos se echaron a dormir sobre la paja. El chiuchi Antonio y yo mirábamos el cerro, tratábamos de mirar bien, tanto, que mis ojos me engañaban y por todo sitio veía cuerpos o cosas que se movían.

—Ni agarrar el fusil podrá —le decía al chiuchi Antonio—. ¡Cómo disparará si tiene un brazo tronchado!

—¡Todos arriba! —gritó don Santiago—. ¡Se hace ya tarde! Iremos a caballo hasta la falda del cerro, después subiremos a pie.

Cuando todos montaban, aparecieron por la puna los primeros comuneros de Huaripampa. Venían caminando en fila o por grupos y se quedaron parados, lejos de nosotros. Detrás venían algunas mujeres, que se sentaron en la paja. Eran bastantes pero no se movían, sólo miraban a los jinetes.

—¿Qué quiere esa gente? —preguntó don Santiago a Pumari.

Pumari se acercó un trecho a ellos, les gritó desde lejos y luego regresó, trotando:

—… Dicen que no quieren nada, que se están no más en sus pastos.

Don Santiago partió con toda la gente y cuando habíamos andado un poco, vimos otra fila de comuneros que venía por el costado del cerro. También se quedaron lejos, parados, mirando cómo cabalgábamos. Al llegar a la falda volteamos la cabeza. Los comuneros habían avanzado un poco pero se habían vuelto a parar. Así como nosotros envolvíamos el cerro de Marcapampa, ellos también nos envolvían a nosotros.

—¡Alto! —dijo don Santiago y quedó pensando, mirando hacia los huaripampinos, mientras se jalaba la mandíbula hacia adelante, como si se la quisiera arrancar. Se le veía viejo, arrugado por la mala noche y hasta con cara de indio, de tanto andar junto a los indios.

—¡Sigamos! —dijo al fin, poniendo su caballo al galope.

Cuando llegamos a la falda del Marcapampa, los huaripampinos habían vuelto a avanzar un trecho más. Conforme los mirábamos, se iban quedando tiesos. Don Santiago volteó otra vez la cabeza para ver cómo se alineaban, como santones, a la distancia.

—Esto no me gusta —dijo y otra vez se puso caviloso. Todos estábamos callados, mirándolo. Don Santiago comenzó a caracolear con su caballo, de un lado a otro, mirando el cerro, mirando a los comuneros. Daba vueltas en redondo, cejaba, manejaba como un trapo a su caballo, el mejor de lo mejor de todas estas tierras.

—La mitad se quedará aquí abajo —dijo—. El resto subirá conmigo. Y que no me avance esa gente, ¿entienden?

Los jinetes desmontaron y unos treinta quedaron guardando los caballos mientras el resto empezaba a subir el cerro, cada cual por su lado.

Marcapampa es un cerro largo y peñascoso, con dos pendientes, una a cada extremo. Los costados son filudos y caen a pico sobre la pampa. Entre la roca crece la paja alta porque ni siquiera los borregos suben allí para morderla. Hay florecitas y cactus redondos y huesos de pájaros tirados por todo sitio.

La subidita por donde Sixto y los Pauca me llevaron una tarde, no la encontraron los cholos; por eso iban trepando a poquitos, agarrándose con las manos y hasta con la quijada de las peñas. Y con el chiuchi Antonio íbamos por detrás, despacio, sin

decir nada, perdiendo cada vez más el aliento y mirando las caras de los cholos, que estaban ojerosas y negras como caras de apestados.

A la mitad, un cholo se resbaló y se vino cabeza abajo. Era un pongo de los Otoya. Mucha gente se alarmó y hasta medio que empezó la desbandada. Don Santiago empezó a gritar que nadie bajara a recogerlo, que los que estaban abajo subirían. Y así, primero unos, después otros, fuimos llegando a la explanada que está antes de la cumbre.

Allí todos se reunieron. Don Santiago estaba con la lengua afuera y se sujetaba los riñones como para que no se le cayeran pero seguía con su cigarro pegado al labio.

—Si no está en las ruinas, todo se va a la mierda —decía—. De ahora en adelante pongan cuidado, miren hasta debajo de las piedras.

La explanada que va hasta las ruinas está descubierta, de modo que no hay ni sitio donde esconderse. Por eso todos avanzaban a campo raso, moviendo primero un pie, después el otro, un poco agachados, con los fusiles preparados y sin quitar los ojos de adelante.

—Aquí no más quedémonos —me dijo el chiuchi Antonio.

Era terrible ver cómo avanzaba esa gente, por ese cerro donde nunca subía nadie, bajo un cielo tan azul. Yo me quedé parado, mirando las punas de alrededor, los alambrados, los cholos que se habían quedado abajo y más allá los comuneros que formaban una mancha muy larga que ni se movía. Ya no valía la pena, verdaderamente, seguir más adelante.

Allí nos quedamos, viendo cómo el chaco se había ya cerrado y envolvía las últimas piedras. Después se perdió entre las ruinas. Yo miraba al chiuchi Antonio a la cara y por primera vez me di cuenta que era parecido a mí, que podía pasar por mi hermano. Mi cara, como la suya, debía estar también ahora color de ceniza, casi vieja, sin tiempo, como una de las tantas piedras que habían allí tiradas.

Nosotros mirábamos el silencio pero el silencio seguía durando y duraba cada vez más y duraba tanto que otra vez en el cielo vimos aparecer las nubes. Esta vez sí venían en grupos de distinto tamaño, venían muy rápido, se detenían, cambiaban de dirección y volvían a caminar. Así se vinieron sobre Marcapampa, hicieron un poco de sombra, se estuvieron un rato allí, pero después el calor las arreó hacia las cumbres de Jauja.

Cuando otra vez todo brillaba, don Santiago salió de las ruinas seguido de su gente. Caminaba rápido, mirando el suelo y echando humo por toda la cara. En la explanada se paró, dio una vuelta y comenzó a pasearse. Todos lo rodeaban. Parecía que nadie quería hablar. El chiuchi y yo nos habíamos acercado y mirábamos cómo detrás de las ruinas iban apareciendo los últimos cholos, un poco asustados, mirando hacia atrás.

—¡Esto se jodió! —dijo don Santiago—. ¡Diez horas de chaco y nada! ¿Quién mierda dijo que estaba en Marcapampa?

Yo miré al chiuchi Antonio y vi que su cara se ponía roja, como la cara de una mujer a la cual han besado, cuando en ese momento escuchamos los gritos que venían de abajo. Al principio no sabíamos ni quién gritaba, si los cholos que cuidaban los caballos o si los comuneros de Huaripampa. Todos corríamos hasta el borde de la explanada, donde la ladera cae en la hondura sobre la puna. Los cholos que cuidaban los caballos señalaban para arriba y gritaban:

—¡Allá va, allá va!

No podía ser sino Sixto el que bajaba de Marcapampa por la peñolería. Era un bulto encogido que se dejaba rodar entre las piedras para elevarse a veces por los aires y desaparecer entre las grietas. Don Santiago, los dos guardias y uno de los Otoya comenzaron a seguirlo.

—¡Está armado, tiene fusil! —gritaban desde abajo.

Los demás cholos quedaron un momento parados pero después se fueron detrás de don Santiago. El chiuchi Antonio y yo, en lugar de bajar por la ladera, nos fuimos caminando por la explanada para ver todo desde arriba. Sixto seguía bajando, a veces parecía que se estaba cayendo, a veces que estaba volando, así como los venados, cuando Limayta y yo hemos ido a cazarlos, con sus pies ni que se le ven, su cuerpo más rato en los aires que sobre la tierra.

Empezaron a sonar los tiros, de abajo y de arriba. Pero era difícil darle porque cada vez que uno de los guardias apuntaba, tenía que detenerse, apoyarse en una peña y mientras Sixto ya se había hecho pequeñito o se había alejado.

Sixto desapareció. Nadie sabía dónde estaba. Ni los que corrían por la pampa ni los que bajaban por la ladera. El Otoya de los anteojos negros fue el primero en seguir bajando y de pronto sonó un disparo y lo vimos rodar dando de gritos. Sus hermanos y don Santiago corrieron donde él, que se había puesto de pie y caminaba tropezándose como un ciego. Desde arriba vimos que se le habían caído los anteojos y se agarraba la cara.

—¡Allá va! —seguían gritando desde la pampa.

Otra vez Sixto se dejó ver: era como una piedrecita, que rebotaba de grieta en grieta y llegaba a los pajonales. Pero ya los Otoya estaban detrás de él y don Santiago y los guardias, y de abajo lo iban cercando.

—¿Adónde corre? —me preguntaba el chiuchi Antonio—. Si de aquí se ve clarito que lo están esperando.

Era cierto, desde arriba se podía ver que corría hacia los fusiles. Después ya no sentimos sino los disparos, disparos por todo sitio. Humo veíamos y apestaba a azufre pero seguían los disparos, cada vez más rápidos. Parecía que nunca iban a terminar. Después sonó un último tiro y después ya nada más. Todo pasaba tan lejos que ni siquiera podíamos ver. Era un grupo de gente que llegaba corriendo y formaba un remolino al pie del cerro. Allí se estuvieron parados un rato muy largo y después empezaron a moverse. Yo creí que se iban a ir todos juntos pero no: don Santiago partió solo por un lado, tan al galope que su sombrero voló con el viento y no se dio

el trabajo de recogerlo. Los Otoya se fueron por otro, llevando a su hermano que tenía un trapo amarrado en la cabeza. Los cholos y los celadores se fueron hacia la carretera. Todos se iban rápido, casi asustados, como si les hubieran dicho que Marcapampa y todas sus piedras iban a derrumbarse sobre sus cabezas. Y en verdad que sólo ahora, y nosotros no nos habíamos dado cuenta, habían llegado las nubes, las verdaderas.

El chiuchi Antonio y yo empezamos a bajar por la ladera, bajo los goterones, resbalándonos, rompiéndonos los llanques, hasta que llegamos al lugar, justo al borde de los pajonales. Lo habían dejado tirado allí, como si fuera un borrego despeñado. Estaba caído como sólo saben caer los muertos, con todos sus brazos y sus piernas torcidos y hasta con el cuello torcido. Tenía los ojos abiertos y sólo su boca se movía y cada vez que se movía salía un globo rojo que se hinchaba y reventaba.

Nosotros también nos fuimos cuando los comuneros habían comenzado a acercarse, callados siempre, formando un muro alrededor del muerto. Nadie lloró ni soltó un gemido. Sólo miraban ese cuerpo agujereado, que la lluvia atravesaba como un colador.

(París, 1961)

Fénix

A Javier Heraud

Después de haber dado los golpes, soy yo ahora el que los recibe y duro, sin descanso, como la buena bestia que soy. Pero no son tanto los golpes lo que me fatiga, pues mi piel es un solo callo, sino el calor de la selva. Yo he vivido siempre a la orilla del mar, respirando el aire seco de Paramonga, en una costa sin lluvias y aquí todo es vapor que brota de los pantanos y agua que cae del cielo y plantas y árboles y maleza que nos echa su aliento de ponzoña. A cien metros de nuestra carpa corre el Marañón, de tumbos colorados y terrosos y, al otro lado del Marañón, los montes silbadores, cada vez más apretados y húmedos, que llegan al Amazonas. No sé cómo puede vivir la gente aquí, donde se suda tanto. Duermo en una hamaca y al enano Max le pago cincuenta centavos para que me eche baldes de agua durante la noche y espante a los murciélagos. Nuestro patrón dice que pronto nos iremos pues todos los soldados de Baguas han visto ya nuestro circo y están cansados de oír a los payasos repetir los mismos chistes. Pero si nos quedamos es porque aún no ha venido la gente de Pucará y de Corral Quemado y porque aún podemos llegar a Jaén recorriendo otros campamentos. Odio esta vida y me iría a los mares si alguien quisiera hacer algo de mí —¡ya han hecho tantas cosas!— pero me quedo por Irma y por Kong, el animal, la estrella.

Fénix fue el hombre fuerte de su pueblo, cuántas veces me lo ha dicho, cuántas veces. Medía cerca de dos metros y pesaba más de cien kilos. De un solo puñetazo derribaba a una mula. Y de pronto alguien vino, le robó su fuerza y la fue vendiendo de ciudad en ciudad, hasta no dejar de él ni la sombra de lo que fue, ni siquiera el remedo de su sombra. Si yo lo hubiera conocido en ese tiempo, lo querría, lo querría como una loca, y me hubiera hundido para siempre en su pecho, me hubiera convertido en un pelo suyo, en una cicatriz, en un tatuaje. Pero Fénix llegó a mí cansado, cuando su músculo era puro pellejo y su ánimo se había vuelto triste. A veces, sin embargo, cuando habla de su pueblo, algo regresa a él y algo le deja: su voz suena como una campana nueva y en la penumbra arden sus ojos. Será verdad tal vez que cantaba en el cañaveral, que desatascaba de un empujón los carros atollados en el arenal, que se comía crudos a los cangrejos, que cortaba la caña como si fuera flores y que en la plaza de Paramonga, los domingos, su pecho era el más robusto, el que asomaba con más alegría por la camisa blanca.

Hubiera preferido nacer rey, claro, o millonario, pero ya que no tengo corona ni fortuna aprovechemos esta vida como mejor podamos. He luchado, con más fuerza que muchos y he dejado a cuántos tirados en el arroyo. No tengo principios ni quiero tenerlos. Las buenas almas que hagan novenas y ganen la vida eterna. Mueran los curas, mueran los millonarios. Yo, Marcial Chacón, he vendido periódicos, a nadie se lo oculto. Y ahora soy dueño del circo: ¡cómo he penado para tener esta carpa, estas

graderías, los camiones, los trapecios, los caballos y el oso! He sudado en todas las provincias. Trabajo, en consecuencia no me insulten. Pero sobre todo, hago que trabajen los demás. Vivo de su trabajo pero no a la manera de un parásito sino como un inteligente administrador. Soy superior a ellos, ¿quién me lo puede discutir? Reconozco también que hay superiores a mí: los que tienen más plata. El resto, son mis sirvientes, los compro. Soy superior al enano Max, más alto que él, más rico: le pego cuando me da la gana. Soy superior a Irma, puesto que la alimento y hago que se gane la vida y la meto a mi cama cuando me place. Soy superior a Fénix, porque puedo despacharlo del circo en cualquier momento u ordenarle que levante pesas más pesadas. Soy superior al oso porque soy más inteligente. Soy superior a todos estos soldados porque no tengo jefe. Soy un hombre libre. Diría casi que soy feliz si pudiera abandonar el circo en manos de una persona honrada y vivir de mis rentas. Pero no hay personas honradas y además no se gana tanto como para pagar un gerente. Por lo tanto, sigo con los míos de acá para allá, levanto mi tienda bajo sol o bajo lluvia, agito el látigo contra los remolones y como, bebo y hago el amor lo más que puedo.

Me gustan las mariposas, las mariposas amarillas con pintas negras, todas las mariposas que hay cerca del río. Si no fuera enano podría alcanzarlas con la mano cuando se paran en las ramas. Pero más me gusta Irma, sus piernas delgadas, sus pechos. Me gustan hasta sus arrugas, las que tiene en el vientre. Yo se las he visto, de noche, a través de la ranura de la tienda. He visto cómo se desviste y mira su cuerpo en el espejo y lo mira de abajo para arriba. La he visto también abierta como una araña, pataleando bajo el peso del patrón. Eso es horrible. Pero a pesar de ser horrible lo veo, cada vez que el patrón entra en su tienda o la lleva a la suya a zamacones. Enano soy, por desgracia, y cabezón y feo. No tengo mujer ni tendré. Soy como Fénix, el hombre fuerte, un hombre solo. Pero él, al menos, cuando boxeaba, hace ya años, era querido. Iba a los burdeles, me cuenta, dormía con varias putas a la vez y amanecía borracho, tirado por las acequias. Él me cuenta todo eso cuando vamos caminando por esta maleza, en las tardes. Me habla de Irma y del calor, de los zancudos, de su pueblo, donde no llueve, dice, donde hay caña de azúcar, donde tiene siete hermanos negros que trabajan en el cañaveral. Pronto nos iremos, felizmente, yo tampoco me acostumbro aquí. De noche ni duermo. Doy vueltas por la hamaca de Fénix, le echo aire y agua cuando me lo pide y espío las tiendas, la araña patuda, que se revuelca, la baba del patrón.

Lo mejor del circo es el oso. El teniente nos ha traído desde Corral Quemado para verlo luchar contra el fortachón. Vinimos en un camión y en el tambo de la Benel nos paramos para almorzar. Allí tomamos cerveza, todos, hasta emborracharnos un poco.

Es bueno el sábado, caramba, bueno aunque se sea soldado. Bueno el billar, las cholas que andan por las chacras, los partidos de fútbol en la polvareda. Nosotros, soldados del séptimo de Zapadores, los que hacemos los caminos y los puentes. Lo malo es que en el regimiento hay mucho serrano, tanto chuto que ni siquiera sabe hablar como gente decente. Yo soy mestizo, medio mal, cabeceado entre indio y blanco; por eso será que el teniente me prefiere, aunque me da esos combos que me hacen ver estrellas. Lo bueno de los serranos es que son duros para el trabajo, aguantadores. Lo único que los fastidia aquí es el calor. De los treintidós que éramos en Corral Quemado, quedamos veinticuatro, pues ocho se enfermaron cuando se hizo el puente de Baguas; empezaron a toser y hubo que mandarlos a Lima o despacharlos a su tierra. Allá ellos si no se acostumbran. Yo, costeño y acholado, me las arreglo bien. Dentro de un año asciendo y con la vara del teniente seré sargento y después oficial. Ahora, hasta que comience la función, estamos de licencia. Veremos si hay faldas por estos potreros y si encontramos un tambo donde secarnos la garganta.

Carajo, me dijo el capitán Rodríguez, carajo delante de mi tropa. Carajo me dijo en el cuartel de San Martín de Miraflores. Los cholos estaban alineados en un grupo de combate. Estaba allí Eusebio, mi ordenanza, al que le grito Eusebio y cuando viene hasta mí corriendo y se cuadra, le doy un trompón en la mandíbula hasta hacerlo caer. A pesar de eso nadie limpia las botas mejor que él ni rasquetea mejor su caballo. Carajo, me dijo el capitán delante de mis cholos. Eso no se dice nunca cuando hay subordinados. Fue igual que sobre la cara de Eusebio, con más fuerza tal vez porque había rabia en mi puño: como era flaco, lo hice rodar. Capitán en el suelo, con sus galones sucios de tierra. Cholos riéndose. Teniente Sordi ante tribunal de disciplina. Y de pronto, cuando creo que me van a dar de baja, hacen peor, me sacan del San Martín y me mandan de castigo a Corral Quemado, a mil kilómetros de Lima, a cuarenta grados a la sombra. Un rancho de cañas y un brazo de río. Dos años aquí. Dos años viendo la cara de mis veinticuatro cholos y dándole de combos a Eusebio. Ni Lima ni mujer, a no ser la hija de la Benel, que es sucia y se pone a contar las vigas del techo cuando hacemos el amor. Todo eso por un carajo mal dado y por un puñetazo en cara del capitán Rodríguez. Y adiós Miraflores, adiós paseos a caballo por la huaca Juliana, al amanecer. El circo, ahora: un hombre contra un oso.

Los macheteros se lavaban sus brazos con cuidado y los miraban con lástima, como si fueran brazos ajenos. Eso era en Paramonga, hasta ahora me acuerdo. Mis siete hermanos no hacían otra cosa que emborracharse después del trabajo y tirarse en las hamacas, mirando las arenas y sin ganas de vivir. A veces se despertaban en la noche gritando horribles pesadillas. Claro, desde niños no hacían otra cosa que cortar caña, los zambos. Por eso me fui de la hacienda, gracias al gordo Bartolo, que me vio un

día levantar cuatro arrobas de azúcar. «Boxeador —me dijo—, boxeador, compadre. Tú te vienes a Lima, zambo, hay que probar suerte en el ring». Además, yo no era un santo: había perjudicado a una menor. Casi me fui a la carrera. Al comienzo, Lima fue el hambre, las manos en los bolsillos, la vagancia, una pensión en la plaza Bolognesi donde paraban todos los hombres fuertes, hombres con las orejas reventadas, con las narices chatas, algunos viejos ya y que orinaban sangre después de los contrasuelazos en el coliseo Manco Cápac. «Zambo, tú en el interbarrios —me decía el gordo Bartolo—, come bien, no chupes y verás. Tú, boxeador, pasta de campeón». Buen ojo tenía Bartolo, porque en el interbarrios nadie aguantó mi zurda. Cinturón de oro. Foto en *La Crónica*. Fénix, la *Dinamita de Paramonga*. ¿Cuánto hace de eso, mi dios, cuánto? Pellejo ahora, callo por todo sitio, y sudor, sudor, sudor…

Caminar sobre la soga no es nada, torcerme hasta meter mi cabeza entre mis muslos tampoco, pero lo horrible son esas noches calientes, cuando el patrón viene a mi tienda o me lleva a la suya. A veces, fuete en la mano, yo sobre el colchón, con sueño, con ganas de vomitar. Luego su peso, su baba, su boca que apesta a cebolla. Antes de encender su cigarro ya me está echando porque después de usarme ya no soy nada para él, soy una cosa que odia. Y así, de la cama al ruedo, del ruedo a la cama. Y Fénix que no hace nada, que mira sólo, que se queja del sol, que cobra, que se calla, como todos. ¿Qué se puede hacer? Y esta noche otra vez. Ya llegó la gente de Pucará y un camión de Corral Quemado. Soldados, menos mal que éstos no protestan si las cosas salen mal. Verme sólo en calzón será para ellos una fiesta. Después se acostarán entre ellos o se masturbarán o qué se harán. ¡Y el oso que respira mal! Ahora el patrón estuvo mirándolo y metiéndole la mano en la boca. El oso está viejo, más que Fénix tal vez. Por eso se entienden entre los dos y se quieren como dos hermanos, como animales sufridos que son.

A los animales como a la gente: a puntapiés. Nadie conoce mejor que yo el efecto moral de una buena patada. Yo las he recibido a tiempo, a tiempo dejé de recibirlas y ahora tengo el derecho de darlas. Así que si el ron no levanta a Kong, a Kong lo levantará el patadón. De otro modo vamos a perder la mejor taquilla de este maldito lugar: doscientos cholos de Pucará, unos treinta de Corral Quemado, cien de Baguas, aparte de la gente de las chacras, que siempre vienen a ver las mismas cosas, los imbéciles. Y mañana a levantar la tienda. Y pasado mañana en Jaén o en Olmos, ya se verá, para donde sople el buen aire. Que el calor está fuerte, caramba, y que si vienen las lluvias, como se dice, con los agujeros que hay en la carpa nos vamos a ver en apuros. De modo que adelante, Marcial Chacón, que vayan los payasos a tocar la corneta por los caminos, que barran el ruedo, que enciendan las luces, pues dentro de

un rato anochece. Y que el oso abra los ojos, que si no, que si no…

Todos los enanos se parecen a mí. En el circo del capitán Paz, en Lima, yo era el único enano: me hacían cabalgar sobre un chivato y meterme en la maleta del payaso. De pronto llegaron tres enanos del sur: eran igualitos a mí, la misma nariz aplastada, la misma cabezota. Pero eran más bajos que yo, el mayor me llegaba a la oreja. Eran requeteenanos. Por eso me echaron del circo o quizás porque me peleaba con los otros enanos —y nos peleábamos hasta a mordiscones, peor que la gente grande— o porque un día me perdí en el Callao y no llegué a la función. Desde ese día pasé varios meses en los bares del Callao, gorreando tragos y butifarras a los marineros. Era famoso allí. Cuando llegaban barcos con gringos, les servía de guía en las cantinas y los llevaba donde las putas. Mucha *money* en esa época, *beautiful girls, thank you, I speak english*, yo enano, *ten dollars, I go to bed with you* y otras cosas más. Hasta que en una temporada dejaron de venir barcos, mis amigos se fueron y yo quedé solo en las cantinas, recogiendo puchos, mendrugos, sin banco donde dormir, verde de puro hambre. Un día me fui caminando hasta Lima, siguiendo la línea del tranvía. Llegué al Paseo de la República y me eché a dormir en el pasto. Allí fue donde me encontró Marcial Chacón: «Necesito un enano. Coge tu sombrero y sígueme». Hace tres años de eso y desde entonces de pueblo en pueblo, por costa y por sierra, hasta aquí.

La contorsionista está buena. Acabo de verla detrás de la carpa, conversando con el dueño del circo. ¿Cómo demonios habrá venido a parar aquí? Seguro como en las películas: su madre tísica, cinco hermanitos que mantener. A lo mejor es de esas que lo presta, con platita de por medio, por supuesto. No estaría mal darle un apretón por allí. Aunque a lo mejor en calzón no vale nada. En eso soy desconfiado y me he llevado varios chascos. La chola Benel, por ejemplo, que cuando se quita el sostén las tetas se le desbordan. Antes de darle el trompón al capitán Rodríguez, tenía una buena hembrita en Miraflores, empleada en una zapatería. ¡Para qué recordar! Era una mujer de un civil, un marica que sabía todo pero que nunca me dijo nada. Los civiles son todos maricas. Apenas ven un uniforme se orinan de miedo. Yo quisiera ver a un civil metido en Corral Quemado durante dos años, sin ver otra cosa que sus cholos, la carretera y el Marañón. ¿Qué hablaría el dueño con la contorsionista? La había agarrado de la muñeca, la jalaba. A lo mejor es su marido. Ni zonzo que fuera. Y el enano que rondaba por allí. Ya los payasos andan por el camino de Baguas anunciando la función. Me gustaría ver al oso. Dicen que el fortachón lo vence. Debe ser truco. Una estrella, dos, tres, cinco. La cerveza de Baguas sabe a jabón. ¡Qué vida ésta, carajo! Si no tuviera dos galones me tiraría un tiro. Teniente Sordi, con barba de puro aburrimiento.

¡Ay, mi Lima! A veces la extraño también. Me digo: qué hago con este uniforme verde. Seguiría trabajando en la carpintería si no fuera porque me levaron, yo que andaba feliz por Abajo del Puente. Pero es verdad que aquí me respetan, caramba, que si el teniente Sordi me da de combos, yo también se los doy a los serranos. Además me han enseñado a leer, como y duermo gratis, he aprendido a montar a caballo (no sé para qué, es verdad), las sirvientas me prefieren a los civiles y hasta sé disparar un fusil. Una vez disparé sobre un zambo. Fue en esa revuelta que hubo en una hacienda del norte. Es la única vez que he disparado sobre un hombre. Yo estaba en el regimiento de Chiclayo cuando nos avisaron que unos tipos habían bloqueado la carretera. Eran unos tipos que trabajaban en la hacienda La Libertad y que no querían dejar pasar los carros, los camiones cargados de fruta que iban a Lima. Teníamos otro jefe, entonces, un comandante. A mí me tocó ir. En medio del arenal los obreros estaban parapetados, habían puesto piedras y troncos en la carretera Panamericana. Yo no sé lo que pasó. Creo que nos tiraron piedras ellos. Pero el comandante dijo que disparáramos. Yo disparé contra un zambo. ¿Por qué? Ni sé quién sería pero una vez un zambo me rompió la jeta en el Rímac. Además, el jefe dijo que tirásemos. Lo maté. Cuando le cuento esto a mi teniente dice que él también disparó en la guerra con Ecuador pero hace más de diez años. Dice que yo he tenido suerte porque hay muchos que se pasan toda su vida sin disparar. Ahora el barbudo está medio borracho. Nos ha hecho dar diez vueltas al canchón de fútbol y meternos al río antes de llevarnos al circo.

Kong está mal. Acabo de discutir con el patrón. Dice que con amoniaco lo puede hacer levantar y le ha dado a oler un frasco y le ha metido un algodón en la boca. Lo que le falta a Kong es comida, pero de la buena, carne por ejemplo, la que yo le conseguía cuando estábamos en el sur, carne de perro callejero, de mulo que se muere en los potreros. Aquí, sólo yerbas y raíces. Además está viejo, el pobre Kong, que ni dientes tiene. Este calor le hace daño también, ya se desacostumbró con tanto tiempo que ha pasado en otros climas. Tirado en su jaula se revuelca, caliente está su hocico, su hocico que conozco de cerca, su olor a pulgas aplastadas, su sudor que le hace arder el pelaje, su mirada legañosa. Kong y sus tetas de hombre, en medio del pecho que se le pela de puro viejo. Y dentro de un cuarto de hora empieza la función. Ya están entrando los soldados a las graderías. Kong, el tremendo animal tirado en su jaula, con su algodón de amoniaco en el hocico. Ron dice el patrón que le dará y si así tampoco se levanta, patada en la costilla, patada en el culo, patada de patrón. Mi viejo hermano, hermano peludo, ojos de papá, de abuelito, mi pariente sin habla, de gritos, de rugidos, el que se deja abrazar y tumbar, de puro bueno seguro o de cansado o de sueño o de aburrido. Kong, hermanito, levántate, que ya viene el batallón, que ya viene el patadón.

Un latigazo en la cara: como si fuera un corte de cuchillo. ¿Por qué? Porque traté de defender a Kong. Marcial le daba de puntapiés en las costillas y lo jalaba del pescuezo con una soga. Ya había comenzado a llegar el público y Kong seguía tirado en su jaula. Fénix no ha visto nada pues salió un rato a caminar por la maleza para ver si encontraba algo que darle al oso. Salió sólo con una barra de hierro, ya que nosotros no tenemos con qué cazar. Cuando quise decirle a Marcial que así no se levantaría nunca el oso, levantó el brazo y me dio un fuetazo en la cara. Lo hizo con naturalidad, en medio de su impaciencia, como quien se espanta una mosca. Claro que después quiso besarme, pedirme perdón —él a veces hasta se arrodilla pero sólo para mejor morderme las piernas—, pero yo huí de su lado. Encerrada en mi tienda, lo siento dar vueltas, gritar órdenes. Ahorita empieza la función. Menos mal que hoy arrancan los trapecistas, después el enano, los payasos, después yo. Tengo que enseñar mis piernas y además, ahora, esta marca en la cara. El ojo me lagrimea y en mi mejilla nace una cicatriz.

Esto se pone feo: el oso no se levanta ni a puntapiés; creo que está perdiendo hasta el resuello. Ya empezaron los trapecistas. Es verdad que todavía falta el enano, Irma, el caballo, el intermedio. Pero, ¡mierda!, si suprimimos la pelea con el oso, nos van a incendiar el circo. Nadie habla más que de la pelea. He escuchado a los soldados que hacen apuestas, a que vence el oso, a que gana el gigantón. Y Fénix ha desaparecido, el único que puede hacerlo levantar. Lo peor sería que el oso se me derrumbe en plena pelea y se den cuenta de la estafa. Una vez en Huanta, hace un año, el oso se echó en pleno ruedo apenas comenzó la pelea y no quiso levantarse. Tuvimos que decir que Fénix había logrado hacerle la llave Nelson y lo había puesto fuera de combate. A pesar de ello nos tiraron mazorcas de maíz, casi nos linchan, tuvimos que devolver la plata de las entradas y levantar nuestra tienda en plena madrugada. No sé con qué podríamos reemplazar ahora este número. Y el calor aumenta. El aire está amodorrado, quizás llueva esta noche. Irma encerrada en su tienda por lo del fuetazo. Todo sale mal hoy día. Pero el público ríe. Seguramente que Zanahoria acaba de darle al enano una de esas divertidísimas patadas en el culo. ¿Por qué las patadas serán siempre tan graciosas? Ahí regresa Fénix, menos mal, con un mono agarrado de la cola.

A fierrazos dice que lo mató, al pobre monito enfermo: el primero le hundió un ojo y el otro le partió el espinazo. Todo en vano porque el oso no come mono o no quiere comerlo ahora. Fénix está con pena, por el mono y por el oso. Mira la piel del macaco desollado y cuenta que ni gritar podía cuando lo encontró en el bosque, que se vino

hacia él arrastrándose, dando de coletazos a las hormigas. Con la piel del monito puedo hacerme un abrigo, justo cae para mi tamaño. En materia de ropa, es una suerte ser enano: de cualquier retazo nos sale un traje. ¡Pero para lo demás! Ahora Zanahoria, por ejemplo, cuando yo tenía que saltar en el ruedo me dio esa patada en el trasero más fuerte que otras veces. Me tiene cólera porque escupo más lejos que él y lo gano jugando damas. Si fuera de su tamaño ya le hubiera refregado el hocico contra el barro. Ahora veremos qué pasa con la función. El patrón tendrá que suspender la pelea. Y a la pobre Irma la veo doblarse con su calzoncito rojo en el ruedo, mientras los soldados la señalan con el dedo y le mandan chupetes en la boca.

La mujercita tiene la cara hinchada y un poco de panza pero está buena, requetebuena. Me gustaría que me haga esas piruetas en la cama. Si no hubiera tomado tanta cerveza me tiraría un lance después de la función. Juraría que cuando trepó a la soga me miraba, buscaba mis ojos y se sonreía. Sería por mi barba. O por mi pinta: siempre las mujeres me han mirado. Teniente Sordi, teniente buena pinta. La zapaterita de Miraflores y otras tantas; mujeres he tenido como vellos en el brazo. Hombre peludo, hombre suertudo. Y con dos galones encima, no hay potito que resista. ¡Ah, si no fuera por el combo! A esta hora, bien afeitado, por el malecón, con mi hembrita. El cinema, los chocolates con esos polvitos que las ponen arrechas, no sé cómo se llaman. Y después, colchón de plumas. Pero seguiré en esta selva, sabe Dios cuánto tiempo más, acostándome con la chola tetona. ¡Qué vida ésta! Me da ganas de hacer algo, no sé, cortar árboles, escaparme al mar. Conozco a mis cholos hasta por la manera de roncar, los he mirado como miraba mis estampillas a los doce años. Ahora viene el intermedio y después el peleón. A que gana el fortachón. Ya aposté con mi ordenanza. Y después otra cervecita y a la cama, a soñar con el calzón rojo o con que me ascienden a capitán.

Este circo me huele a ensarte. El intermedio dura ya diez minutos y la segunda parte no comienza. El enano salió un rato ahora para hacer sus maromas pero todos lo pifiaron. Lo que queremos es que comience la pelea. Le he apostado una libra a mi teniente a que gana el oso, toda mi propina del próximo sábado. Yo di la señal de patear las graderías y ya todos me han copiado. Ta, ta, ta, suenan los zapatos contra la madera, ta, ta, ta. Parece que esto se va a desarmar. Y la luz parpadea. Debe estar alimentada por un motor a gasolina, como el que hay en Pucará. En Corral Quemado, en cambio, sólo tenemos quinqués. Es decir, el teniente. Los demás con velas. En Lima vivía en un cuartito pero tenía luz eléctrica: apretaba el botón y zas, se encendía el foco. Ta, ta, ta, siguen sonando los pies; a mala hora di la señal, pues hacen un ruido del diablo estos serranos copiones. El dueño de la carpintería, en Lima, decía que a estos cholos debían matarlos o cortarles los huevos: «Ni producen ni consumen

—decía—, son el tumor nacional». Quería gringos por todo sitio, gringos trabajando en las minas, gringos sembrando papas, gringos construyendo casas. ¡Bonita idea! Y él ni siquiera era blanco pues parecía salchichón pasado por la sartén.

Maldita idea la del patrón: quiere que me disfrace de oso. Si no fuera por la piel de monito no se hubiera acordado que había una piel de oso guardada en un baúl, una piel de oso con arañas, polillas y hasta pulgas. ¡Ponérsela con este calor! Él luchará contra mí. Dirá que el fortachón está enfermo y que para no defraudar al público, él lo reemplazará en la pelea. Y yo reemplazaré al oso. No será la primera vez que me disfrazo. Cuando luchaba cachascán en el coliseo Manco Cápac —después que me liquidaron del box porque me noquearon siete veces seguidas— salí al ring con una careta de japonés, con un capuchón de cura, con un cuerno de toro, y qué sé yo con cuántas cosas más. Mi nacionalidad cambiaba con mis disfraces, hasta mi nombre cambiaba. Fui el hijo del Sol Naciente, Jack el Renegado, el Búfalo de las Pampas. Al final me decían el Hombre Llanta pues mi especialidad era caer fuera del ring, sobre la mesa del jurado, y dar botes y botes entre el público. Así, hasta que me quebré tres costillas. Y ahora de oso, ¡sólo me faltaba esto! Pero oso de verdad, con hocico y todo. El patrón dice que hasta debo rugir. ¿Cómo rugirá un oso? El pobre Kong, de viejo, ni rugía. Lanzaba como gritos de rata. Tendré que ensayar. Cri, cri, cri… Y a caminar en cuatro patas, con la nariz en tierra. Cri, cri, cri. Rata, hombre, oso, qué sé yo lo que soy.

¡Qué susto me he llevado! Veo entrar un oso a mi tienda y era Fénix con la piel esa, que no sé de dónde habrá sacado. Dice que luchará contra el patrón. Éste le ha dicho que a los diez minutos de pelea, cuando le haga una seña, debe dejarse poner de espaldas en el ruedo. ¡Pobre Fénix! Con semejante piel en este infierno. Estaba sudando a chorros y quiso que le diera unas puntadas a la cabezota que se le ha separado del cuello. Me preguntó qué tal se le veía y yo me quedé callada. No quise decírselo, pero ese disfraz peludo le iba como el guante a la mano. Me pareció que era su ropa natural, su misma piel que él acababa, no se sabe cómo, de recuperar. Es que él, aun sin piel, ha sido siempre una especie de oso manso, de oso cansado, o es que ha terminado por parecerse al animal de tanto frotarse contra su pelaje y sus enormes brazos. A través del mascarón vio mi hinchazón en la cara y quiso saber qué me había pasado. ¡Para qué decirle la verdad! Le dije que me había raspado con la soga al hacer equilibrio. Quiso pasarme la mano por la cara pero su mano estaba enfundada en la garra velluda. Ni tocarme pudo, su misma voz me llegaba oscura, como a través de un bosque. Entre él y yo se interponía la piel y era como si perteneciéramos a reinos diferentes. Nada nos podía juntar en ese momento: yo mujer y él sólo una bestia.

Respetable público: Por una indisposición de último momento, Fénix, el Hombre Fuerte, no podrá presentarse esta noche en su terrible combate contra Kong, el oso de la selva africana. En vista de ello y para no defraudar a tan distinguida concurrencia, yo, Marcial Chacón, en mi calidad de director del circo Chacón Hermanos, he decidido reemplazar al Hombre Fuerte en esta difícil pelea. Para tranquilizar a los espectadores, sobre todo a los espectadores exigentes, que se han hecho merecidamente la idea de presenciar un combate platónico y homérico, debo advertirles que ya en una ocasión tuve que enfrentar al oso. Fue hace tres años, en la localidad de Pisco, la patria del aguardiente, y todos los que asistieron a esa memorable velada no olvidarán jamás el espectáculo que ofrecimos, la bestia de la selva africana y yo, Marcial Chacón, en un combate singular y a muerte. Vencí yo, naturalmente, pero después de un esfuerzo inconmensurable, que me exigió dos semanas de asistencia hospitalaria. Arriesgando mi vida no vacilo esta noche en salir al ruedo frente a tan furioso enemigo, solamente por el cariño que tengo a mi público y porque la divisa de mi circo es: «Entretener, aunque reventemos».

¡Empezó la lluvia! Por mí que venga hasta el diluvio y se derrumbe esta carpa. Ya estoy harto de escuchar insultos. Que me digan enano está bien, porque lo soy, o que me digan retaco, zócalo, mediopolvo y todo lo demás. Pero que me silben cuando salgo al ruedo o se pongan a mear en las galerías, yo que salgo a entretenerlos y que me dejo moler a patadas, eso sí que no lo aguanto. Y eso que era un número de regalo pues no me corresponde trabajar en el intermedio. Todo por la idea del patrón de hacer tiempo para que Fénix se disfrace de oso y él de luchador. Que se las arreglen ellos, Fénix peludo y el patrón panzón en calzoncillos. Yo ya no tengo nada que ver. Y para colmo, está entrando agua al ruedo. Ahorita me mandan echar aserrín para que los luchadores no se resbalen. Enano de los mandados, cabezota, ojo de pescado, chicapierna, quijadón… ¿Quiénes serían mis padres? Lo único que sé es que me fabricaron mal y de vergüenza me tiraron por alguna parte. O como algunos dicen, que me parió una perra.

¡Vaya, al fin salió el oso! Es más grande de lo que creía. Esta bestia es capaz de tragarse a un hombre, sobre todo si el fortachón está enfermo y ha tenido que reemplazarlo el dueño. A mala hora aposté una libra con mi ordenanza. Pero no, Chacón también es fuerte, un poco panzudo tal vez, allí acaba de entrar. Y es valiente, caramba, yo, en confianza, no me metería con el animalote ese. Claro que ya debe conocer sus mañas, pero de todos modos un animal no piensa y en el momento menos pensado saca la garra. Vamos a ver, ya comienzan las fintas, esto se pone interesante. ¡Buena! Por poco lo agarra el oso, si no se agacha a tiempo le vuela la cabeza de un

manotón. He debido traer mi pistola por si acaso. No vaya a ser que esta fiera se trepe a las tribunas. ¡Otra vez! Ahora el luchador le dio cuatro o cinco golpes en el pecho. Pero el oso parece de piedra. Rápido se alejó el luchador. Tiene que ser así porque un abrazo de oso dicen que es como echarse un camión encima. Ahora le da otro golpe, ¡buena! El oso lo persigue…

Así cualquiera: si no hace más que correr. Mete un golpe y se va para atrás. Lo que debe hacer es esperarlo, darle pelea. Quiero ver una buena trenzada. Esto no es box sino lucha, lucha franca. ¡Así, ahora! Por poco lo agarra. Yo lo vi entre sus brazos. Pero el cuco se zafó. Es una culebra ese patrón: cuando ya va a caer, se escapa. Pero estoy seguro que gano la apuesta. Ese oso es un fenómeno, va derechito detrás de su rival. ¡Dale, dale, allí están abrazados! Se volvió a salir. Ahora grita el oso, grita como si tuviera dolor de muelas. Los cholos alrededor de mí están asustados. El teniente también. Vuelve a gritar, el luchador se acerca. ¡Otra vez abrazados! Diablos, Chacón tiene fuerza, el oso no lo puede tumbar. Trastabillan en el aserrín. ¡Cayeron! De pie todo el mundo. Se revuelcan… Chacón se levantó. El oso está mal, mierda. No, ya se levanta. Allí va detrás del luchador. Chacón corre. ¡Date la vuelta, marica! El oso parece cansado, se pasa la garra por el hocico. Sería una vaina que lo ganen, toda mi propina del sábado.

El patrón tiene miedo: lo veo en sus ojos. El segundo golpe que me dio me ha dolido. De buena gana me iría a toser un rato o a escupir. ¡Y los minutos se hacen tan largos! Cuando terminemos me daré un baño en el Marañón. Pero ¿cuándo terminaremos? Tiene que hacerme la seña. La gente grita. Hay que animar más la pelea. Pero no puedo hacerlo, no es rival para mí. Si fuera un profesional, podríamos hacer algunas figuras. Aunque me da ganas de ensayar algo, una de esas llaves de los viejos tiempos. Acércate, Chacón, acércate, ven hacia aquí, así… ¡Otra vez el puñete! Y se va para atrás. Eso no me lo había dicho, que me iba a dar fuerte en la cabeza. Debajo de esta piel tengo mi pellejo de hombre, de hombre sufrido, pero esos golpes hacen daño. Claro, él puede hacer lo que quiera y yo nada. Se acerca otra vez, ahora lo agarro. Ya, ya está aquí. Así, así, despacito, vamos a revolcarnos un rato, tú patrón, yo tu sirviente. No te asustes, no te voy a quebrar un hueso. Está con miedo, qué raro, con miedo el patrón. Bueno, levántate, yo me quedo aquí un rato en el suelo. Me ha dicho al oído que en la próxima debo hacerme el vencido, enterrar la cabeza en el barro. Sí, ya lo sé, en la próxima me haré el vencido, estoy sudando ya y además tengo ganas de irme al río. En la próxima llorará el oso, gloria para el vencedor.

Los dos, en medio del griterío. Primera vez, en mucho tiempo, que me pongo a ver

qué pasa en el ruedo. Y me da pena por Fénix, su triste papel de oso. Si la gente supiera que ese animal al que golpean es un hombre como todos, o quizá deba decir «fue un hombre como todos». Porque, ¿qué cosa es Fénix al fin? Ni él mismo lo sabe. Ahora hasta ruge. Marcial lo ha cogido por atrás, le pasa el brazo por el pescuezo, lo tiró al suelo. Parece que Fénix no ve, quizás la cabezota se le ha movido y no tiene por dónde mirar. Camina como a ciegas, en cuatro pies, de un lado para otro y de esto se aprovecha Chacón. Le pega como de verdad, en un momento le dio hasta con la rodilla y los soldados aplaudieron. Sí, seguramente no veía, porque acaba de cogerse la cabeza con las garras como para ponérsela en su sitio. ¿A qué horas terminará esto? Y el público parece que hubiera perdido el aliento. Ni siquiera el teniente barbudo, que tanto me miraba cuando hice equilibrio, quita la vista de los luchadores. Otra vez Chacón le da con la rodilla, peor todavía, con el pie. Fénix lo persigue, parece que lo va a agarrar, están aquí, delante de mí, me ha visto, se queda parado…

Fénix de mis amores, ¿estás cansadito? Cuando iba detrás del panzón y ya estaba a punto de agarrarlo, mira hacia la entrada de los artistas y se queda parado. Su pechote peludo se infla y se desinfla. Irma está en la entrada, acabo de verla. Ya se puso su traje para taparse las piernas y se lleva la mano a la cara, seguro para sobarse la hinchazón. ¿Qué esperas, Fénix? El público está callado, sólo se oye la lluvia rebotar contra la lona encerada. Chacón, en el centro de la pista, aguarda con los brazos extendidos hacia adelante. Rara situación. Chacón avanza hacia Fénix, entra en su terreno, le pasa las manos por delante de la cara (valiente, valiente, dice la gente), mira a Irma, mira al público. Pero Fénix no se mueve. Yo veo todo por debajo de las graderías, por entre las botas de los soldados, en un recoveco donde sólo cabe un enano. Todos inmóviles. ¿Por qué nadie se mueve? Me doy duro en la frente para ver si estoy soñando. Chacón vuelve a avanzar hacia Fénix. «No te acerques», grita un soldado. Chacón da un salto atrás, asustado. Fénix avanza ahora pero no hacia el ruedo sino hacia la puerta, hacia Irma. El público pifea. «Se quiere escapar», dice. Otro grita: «No le dejen irse». Mi plata, mi plata, protestan todos, oso marica.

Este animal es medio loco: cuando la pelea está más reñida se olvida de todo y se queda como un idiota, mirando la entrada. A lo mejor lo que quiere es irse a descansar porque, para ser justos, lo único que ha hecho es encajar golpes. Hasta patadas. Pero todo vale con un animal. Lo cierto es que ya gané mi libra. Aunque tal vez… sí, ahora se mueve otra vez, vuelve la cabezota hacia el ruedo. Allí lo veo avanzar pero cansado, cansado, de mala gana. El luchador lo está esperando, dando saltitos sobre un pie y después sobre el otro. El oso estira una garra y sólo agarra aserrín. ¡Sus golpes son tan avisados! Ahora vuelve a la carga, el patrón le da un par de golpes y se aleja. El oso sigue avanzando, parece que quiere pararse, sí, está de

pie, grita, avanza otra vez, rápido, muy rápido. El hombre retrocede, esquiva, trata de meter un golpe pero se arrepiente. El oso lo persigue, parado en sus dos pezuñas. ¡No corras, rematálo de una vez! El patrón lo espera esta vez. Lo golpea, el oso contesta. Están abrazados. Se dan de manotazos, encima, ahora sí, ¿qué?

Harto ya, harto Chacón, harto de tanto calor, de tanto contrasuelazo. Déjame echarme sobre ti un rato, sólo un ratito. Así, que sienta tu corazón contra mi corazón, que sienta tu respirar. Raro colchón eres para un hombre como yo, colchón de carne de gallina. Pálido estás, ojitos de colibrí, grita si quieres, grita con tu boca morada, grita para que te oigan los soldados. ¿Por qué no trajiste tu cuchillo? Me lo hubieras hundido en la cara. Pero sin cuchillo, oh Chacón, o sin fuete, sin otra cosa que tus propias manos, ay Chacón, estás como amarrado. No abras los ojos, no, si ya me voy a levantar, y esa lengüita, ¿por qué la sacas? ¿No oyes cómo grita la gente? Diles que hacemos circo, circo para que se entretengan. Circo hago desde que nací. Haz circo tú también. Vamos, déjame que te abrace un poco, déjame quererte, Chacón, te quiero tanto que me pasaría la noche aquí, mirando tus ojos, oyendo tu respirar. Pero quiero irme al río a bañar, porque me has hecho sudar y no sólo sudor sino que hasta orines sudan mis ojos y sal que me quema los párpados. ¿No ves? Si hasta lloro, creo, de tanto dolor. Porque me das pena, Chacón, pena de tu lengüita morada, de tus ojos que ya no saben mirar.

¿Qué cosa pasa? Fénix está encima de Marcial. Los soldados hace rato que gritan. Ahora se han puesto de pie y señalan la pista y pegan de alaridos. «Lo está asfixiando», dicen. ¿Será verdad? Yo sólo veo un cuerpo echado sobre otro. Fénix parece dormir. Ahora levanta la cabeza y la hace girar lentamente, muy lentamente, como si buscara algo. Mira hacia aquí. «Quítenlo de encima», grita el barbudo. Fénix se levanta: los soldados se avientan de las tribunas, saltan en confusión, algunos salen por debajo de la tienda. ¿Adónde van? Se escapan, seguramente, hacia su campamento… Fénix comienza a caminar, está parado sobre sus dos pies, sus brazos cuelgan, va hacia la puerta, se detiene, vuelve hacia aquí. Algunos soldados han quedado en la parte alta de la tribuna, el teniente entre ellos, y no se atreven a bajar. Quieren treparse por los soportes. Y Marcial sigue en el suelo, sin moverse, con los puños apretados, la lengua casi arrancada. El enano sale por debajo de las graderías y se le acerca. «Cuidado», le gritan desde arriba. El enano pasa al lado de Fénix y va donde Marcial, se agacha, le mira la cara, le mete un dedo en el ojo, lo jala de la lengua, se desabrocha la bragueta, se pone a mear.

El capitán no me ha querido creer, le digo que lo ha estrangulado, que lo ha aplastado

contra el suelo hasta ponerlo verde. Si lo he visto con mis propios ojos, no sólo la pelea, sino hasta el propio muerto. Allí estaba sobre el aserrín, mojado por la lluvia y meado por el enano. La contorsionista me ha contado no sé qué historia, que el oso es un hombre, que el hombre es un oso. Está loca. Pero mi ordenanza ha visto también y, a pesar de que le debo una libra, está impresionado como yo, como todos. Ya me decía: debía haber traído mi revólver. Pero iremos a buscarlo, es un peligro dejar un animal así cerca del campamento. Doce cholos me han dado y antorchas además y un perro. El enano nos dirá por dónde se ha ido, porque si no lo mandaremos al calabozo por haber ofendido al muerto. Con un vivo se pueden tomar ciertas libertades, ¡pero con un muerto! Ahora él nos llevará donde la fiera. Mi fusil está bien aceitado y en la cacerina tengo mis balas dum-dum. Hay que poner orden aquí, para eso nos pagan y para eso he pasado dos años en Corral Quemado sin quemar un cartucho. Te ilustrarás, teniente Sordi, y a lo mejor por allí hasta se te descuelga un galón.

Escampa. Noche espléndida, estrellada, como al lado del mar. Paramonga y los cañaverales, dunas de la costa, todo eso parece venirme del cielo tan limpio. Pero del suelo sólo me llega el lodazal. Dejo mis surcos hondos. Avanzo, libre, hacia el río, con mi cabeza de oso en la mano, decapitado, feliz. Atrás, sólo la tienda iluminada del circo. En el circo, Marcial, Max, Irma, Kong, los soldados meones, todo enterrado, todo olvidado. Avanzo hacia el agua, sereno al fin, a hundirme en ella, a cruzar la selva, tal vez a construir una ciudad. Merezco todo eso por mi fuerza. No me arrepiento de nada. Soy el vencedor. Si esas luces de atrás son antorchas, si esos ruidos que cruzan el aire son ladridos, tanto peor. Los llevo hacia la violencia, es decir, hacia su propio exterminio. Yo avanzo, rodeado de insectos, de raíces, de fuerzas de la naturaleza, yo mismo soy una fuerza y avanzo aunque no haya camino, me hago un camino avanzando…

(París, 1962)

JULIO RAMÓN RIBEYRO ZÚÑIGA (Lima, 1929-1994). Escritor peruano, considerado uno de los mejores cuentistas de la literatura hispanoamericana. Fue una figura destacada de la llamada Generación del 50, a la que también pertenecen narradores como Mario Vargas Llosa, Eleodoro Vargas Vicuña y Carlos Eduardo Zavaleta. En su país fue distinguido con los premios Nacional de Teatro (1959), Nacional de Novela (1960), Novela del diario *Expreso* (1963), Nacional de Literatura (1983) y Nacional de Cultura (1993); a nivel internacional le fue otorgado el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994, ahora FIL de Literatura en Lenguas Romances).

Aunque el grueso de su obra lo constituye su cuentística (reunida bajo el título general de *La palabra del mudo*), también destacó en otros géneros como novela, *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambio de guardia* (1976); ensayo, *La caza sutil* (1975); teatro, *Santiago, el pajarero* (1966) y *Atusparia* (1981); diario, *La tentación del fracaso* (1992-95); y aforismo, *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989).